



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Muertes para la armonía



Alguien ha hecho estallar simultáneamente un petardo en 25 aeropuertos nacionales estadounidenses, y piden cien millones de dólares al Gobierno para que impida que la próxima vez sean bombas en lugar de petardos, colocadas en las torres de control de esos aeropuertos en las horas de mayor tráfico aéreo.



Lou Carrigan

Muertes para la armonía

Brigitte en acción - 217

Archivo Secreto - 180

ePub r1.1

Titivillus 02.01.2021

Lou Carrigan, 1976
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1






ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Como siempre, Frank Minello contemplaba embobado a Brigitte Montfort mientras ella hablaba.

Había pasado a buscarla para ir juntos al *Morning News*, periódico en el que trabajaban ambos, ella como directora de la sección internacional, y él como jefe de la sección deportiva. Y claro está, se las había arreglado para tomar un café con ella antes de abandonar el lujoso apartamento que Brigitte tenía en el Crystal Building, Quinta Avenida, Nueva York.

A Frank Minello le encantaba ver y oír a Brigitte. Verla, porque era tan hermosa que jamás podría acostumbrarse: azules los grandes ojos, sonrosada la boquita, la piel como si fuese de oro, el cuerpo magnífico… Sí. A Frank Minello siempre le parecía que Brigitte Montfort era la más dulce y delicada muñequita del mundo… Y, sin embargo, aquella «muñequita» era ni más ni menos que la agente Baby de la CIA, la más peligrosa, astuta e implacable espía del mundo.

¿Quién podría ni siquiera sospecharlo oyéndola? Eso sí, tenía una voz tan dulce, tan maravillosa… Era como canto de pájaros, como rumor de arroyos, como sonido de estrellas… Minello sabía que todo esto era una tontería, pero no había modo de hacerle describir de otro modo la voz de Brigitte, su adorada Brigitte. Y por cierto que estaba dispuesto a partirle la cara a quien dijera que no, que la señorita Montfort no tenía la voz como hecha de canto de pájaros, de rumor de arroyos, de sonido de estrellas… En cuanto a lo que decía Brigitte, ¿acaso no era maravilloso? ¡Todo lo que decía Brigitte era siempre, siempre, siempre maravilloso! Aunque algún día Brigitte tuviese el desliz de decir alguna tontería, Frank Minello alzaría los ojos al cielo, y diría: «¡Maravilloso…, maravilloso…!». Y si alguien se atrevía a…

—Frankie, ¿me estás escuchando?

—¿Eh?

—¡Que si me estás escuchando! —se enojó ella.

—Oh, sí… ¡Sí, amor de mi vida, luz de mis…!

—¡Eres un tonto! ¡Te estoy hablando de cosas serias!

—Pero si te estaba escuchando de verdad, Brigitte…

—¿Sí? Muy bien, ¿qué estaba diciendo?

—Pues… Vaya… Estabas hablando de la armonía, ¿no?

—Sí. ¿Y qué decía de la armonía?

—Bueno… Ya sabes que yo no entiendo mucho de música…

—¡No me refería a esa clase de armonía, sino a la armonía universal! ¡No sé por qué pierdo el tiempo hablando contigo de cosas serias!

—En ese caso —sonrió Minello—, hablemos de amor. Brigitte se quedó estupefacta.

—¿Quieres decir que el amor no es una cosa seria?

—¿Eh? Oh, pues… Bueno… ¡Zambomba, sí que lo es, pero al menos también es una cosa alegre, y todo eso que has estado diciendo de la armonía me parece más bien un poco… triste! ¿No estás de acuerdo conmigo?

La divina espía frunció el ceño y reflexionó unos segundos, antes de musitar:

—Quizá tengas razón, Frankie.

—¿Lo ves? ¡Cuando yo digo…!

—Es triste —le interrumpió ella—, pero no en el sentido que tú das a esa palabra. Lo triste de la armonía universal es que no se respeta esa armonía… ¿Comprendes?

—Sí… Sí, sí, claro…

—La armonía universal implica que todo lo que existe, existe por algo, y que, por tanto, tiene derecho a existir. Entonces, todo lo demás que existe en el universo debe coexistir, respetar cualquier otra existencia… ¿No te parece?

—Síiii… ¡Ya lo creo!

—Cualquier atentado contra lo que existe es un atentado contra la armonía universal.

—¡Toma, claro!

—Es decir, que, si por ejemplo yo mato una araña, he atentado contra esa armonía.

—¿Quieres decir que no deberías matar la araña?

—No. No debería matarla, Frankie.

—Bueno, pues no pienso volver más a tu apartamento.

La bellísima Brigitte se quedó atónita.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Pues porque si piensas así, vas a prohibirle a Peggy que lo limpie, y cualquier día me encontraría atrapado en una telaraña que colgaría del techo.

—Generalmente, sólo dices tonterías…, pero me temo que esta vez tienes razón… Yo debería prohibir a Peggy que limpiase el apartamento, y si pasado un tiempo había telarañas, respetarlas. Las arañas, como todo lo demás, forman parte de la armonía universal. Si existen, será por algo, y no cabe duda, forman parte de mí misma.

Frank Minello estuvo a punto de verterse encima el café, tan fuerte fue su respingo.

—¡No digas tonterías! —gritó—. ¿Qué puedes tener tú que ver con una araña? ¡Vamos, Brigitte!

—Con la araña y con todo lo demás. Todo existe por un motivo, todo existe con un derecho a la existencia, así que todo lo que existe debe ser respetado… Si una silla tiene cuatro patas y le quitamos una, ¿qué pasa?

—Pues que a lo mejor la silla se cae.

—No está completa, ¿verdad?

—No… Claro que no.

—Pues lo mismo pasa en el universo… Cuando eliminamos algo, lo mutilamos, rompemos la armonía.

—¡Zambomba! Entonces, tú has roto esa armonía muchas veces…

—Pero no tenía derecho a hacerlo.

—Entonces, tú que tan noble, buena y justa eres…, ¿por qué lo hacías?

—Porque aun rompiendo la armonía, la rompía menos de lo que la habrían roto las personas a las que he matado, Frankie. Te pondré un ejemplo… Imagínate a un león hambriento caminando por la selva. De pronto, ve un cervatillo; se agazapa, tensa sus músculos, se prepara a saltar; salta, mata al cervatillo, y se lo come. ¿Ha roto la armonía?

—Sí, claro…

—No la ha roto. El león necesitaba al cervatillo para sobrevivir, así que se alimenta con él. Es una necesidad que se ha cumplido, y la armonía queda restablecida. Pero supongamos ahora que ese mismo león, una vez satisfecha su hambre, mata a diez o doce cervatillos más, sin provecho para nada, para nadie… Ahora sí ha roto la armonía. Entonces, yo me entero de la existencia de ese león, y salgo a por él, para matarlo… Al matarlo, en efecto, rompo la armonía, pero… ¿acaso no se merecía eso el león, que estaba rompiendo la armonía mayor número de veces que yo?

—Demonios… ¡Ya me estás embaucando, Brigitte!

—No, hombre. Sólo trato de decirte que al romper la armonía rompemos algo de nosotros mismos. Desequilibramos el universo y, por tanto, nos desequilibramos nosotros mismos, puesto que nosotros somos el universo.

—Ah, eso sí —sonrió Minello anchamente—. ¡Tú eres el universo! ¡Eres el sol, la luna, las estrellas, los…! Un momento… ¿Yo también soy el universo?

—Eres parte de él, como yo. Y todo lo que forma parte de una cosa tiene derecho a existir.

—O sea, que cuando alguien busca conseguir algo en su propio y exclusivo beneficio, sacrificando a otras existencias, rompe la armonía.

—¡Frankie, querido! ¡Por fin lo has entendido!

—Y entonces, para que no siga rompiendo la armonía de la vida y del derecho a la existencia, vas tú y lo matas.

—Bueno… Sí, así es, desde luego. Yo tampoco tengo derecho a romper la armonía, pero al menos la rompo mucho menos que el otro, y siempre en beneficio de la armonía y el derecho a la existencia de todos los demás que forman parte del universo.

—Zambomba, zambomba y zambomba… ¡Nunca lo había interpretado así la verdad! Todo esto requiere mucha reflexión.

—Ajajá… Bueno, termina ya el café y vámonos… Y date prisa, porque han llamado a la puerta. Debe ser Miky, que también viene a recogerme.

—¡Un momento, un momento con eso! ¡Yo he llegado primero, así que vendrás en mi coche!

—Naturalmente, Frankie: la armonía está basada en la justicia.

—Ah… Ah, bueno…

Pero no era Miky Grogan, el director del *Morning News*, quien había llamado a la puerta, sino Charles Alan Pitzer, que apareció en el salón precedido por Peggy, la sirvienta de Brigitte, que lo anunció.

—El señor Pitzer, señorita.

Frank Minello se puso en pie de un salto al ver aparecer al menudo y serio hombrecillo que ostentaba la jefatura del sector Nueva York de la CIA.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¡El viejo buitre hambriento! ¡No lo permitiré esta vez, no enviará a Brigitte a ningún sitio que…!

Charles Alan Pitzer, que por un instante había palidecido al ver a Minello, simuló de pronto no verlo, y se acercó a Brigitte, sonriendo con expresión sarcástica.

—Buenas tardes, Brigitte —saludó—. Me sorprende encontrarla sola, porque he creído oír unos cuantos rebuznos.

—¿Cómo que está sola? —exclamó Minello—. ¡Estoy yo aquí!

Pitzer lo miró lentamente, detenidamente, y sonrió de un modo maquiavélico.

—Ah, sí… Hola, Minello. Ahora comprendo por qué he oído rebuznos: está usted aquí, en efecto.

Frank Minello parpadeó, reflexionó. Luego, enrojeció violentamente, mientras Brigitte lanzaba una carcajada que, ciertamente, muy bien pudiera ser de sonido de estrellas, o cuando menos, celestial.

—¡Te está bien empleado, Frankie, por meterte siempre con tío Charlie! —rió.

—¡Me ha llamado burro! —aulló Frank Minello.

—¿Y qué importancia tiene? —deslizó insidiosamente Pitzer—. Si hay buitres en el mundo, también hay burros, ¿no?

—¡Exacto! —volvió a reír Brigitte—. ¿Te das cuenta, Frankie? ¡Eso es armonía! Burros y buitres…, con perdón. ¿Por qué no han de coexistir, respetando las leyes armónicas del universo?

Minello señaló a Pitzer con uno de sus dedotes.

—¡Como este tío vuelva a llamarme burro, ya verás como rompo la armonía del universo! ¡Cualquier día…, cualquier día…!

—Bueno, bueno… Haya paz y armonía… Tío Charlie, nos íbamos ya, pero esperaremos a que tome un café, y… Oh… Presiento que viene usted a encargarme algún trabajito para la CIA,

¿verdad?

—No exactamente. Gracias, Peggy. —Pitzer tomó la taza de café y bebió un sorbo, observado atentamente por Brigitte—. ¿Oyó las noticias esta mañana? Bueno, hacia el mediodía.

—Estuve viendo la televisión —asintió Brigitte—. Las noticias, precisamente.

—En ese caso, se enteró usted de lo ocurrido en el Kennedy Airport. Me refiero a ese… petardo que colocaron en uno de los lavabos.

—Ah, sí… Un artefacto explosivo de escasísima potencia estalló en los lavabos… Lo recuerdo. Pero no hubo víctimas, sólo unas cuantas personas asustadas… ¿O sí hubo víctimas?

—No. No, no, ninguna, afortunadamente… No hubo víctimas en ninguno de los veinticinco aeropuertos nacionales donde explotaron esos petardos.

Frank Minello, que estaba buscando alguna frase para molestar a Pitzer, se quedó con la boca abierta al oír aquello. Brigitte se limitó a parpadear, lentamente.

—¿Veinticinco aeropuertos nacionales? —murmuró—. ¿Qué quiere decir…, exactamente?

—Otros veinticuatro petardos explotaron en otros tantos aeropuertos del país, los más importantes: Chicago, Miami, Nueva Orleans, Los Angeles, San Francisco, Denver, etcétera… Lo dieron en el siguiente noticiario de televisión.

—No he vuelto a ver televisión desde el mediodía. ¿Qué ha ocurrido?

—Pues eso: que simultáneamente explotaron veinticinco petardos en los veinticinco aeropuertos más importantes del país.

—¿Simultáneamente?

—Así lo han indicado los analizadores de la CIA. Salvando las diferencias horarias de nuestro país, resulta que esos veinticinco petardos estallaron a la misma hora. Es decir, para ser más exactos, estallaron en el mismo momento. En Nueva York eran las diez y media de la mañana, en Nueva Orleans las nueve y media, en Denver las ocho y media, en San Francisco las ocho y media…, horas locales, claro está. Pero todos los artefactos explotaron a la vez, simultáneamente. Como si fuesen uno solo.

—Sí, sí, entiendo… Zambomba… ¿Y qué significa eso?

—Con qué gracia dices zambomba…, reina del universo —se extasió Minello.

—Significa que alguien quiere cien millones de dólares. O se los damos, o la próxima vez no serán petardos lo que explote, sino auténticas bombas colocadas en las torres de control de esos mismos veinticinco aeropuertos, en las horas de mayor tráfico aéreo.

—Zambomba… —jadeó Minello, dejándose caer de nuevo en el sillón.

—¿Y quién es ese alguien? —preguntó finamente Brigitte.

—No lo sabemos. Pero no es eso solamente lo que quieren. Tengo aquí la copia de la carta que se ha recibido esta mañana en la Casa Blanca, muy poco después del momento de las explosiones simultáneas. Me la leyeron por la radio hace poco más de media hora, y la he pasado a máquina, junto con la nota final.

Brigitte tomó el sobre que Pitzer le tendía, y sacó la hoja de papel, reconociendo en el acto la letra de la máquina que Pitzer tenía en la floristería donde se hallaba instalado su cuartel general.

La nota decía:

«**CASA BLANCA - Washington D. C.**

»Americanos:

»Ustedes se las arreglan siempre para que las cosas malas sucedan fuera de su territorio: guerras, atentados, sabotajes… Esta vez va a ser diferente. No vamos a actuar en un aeropuerto de Roma, o de Atenas, o Tel Aviv, o cualquier otro lugar del mundo que siempre es lejano para ustedes. Esta vez, a menos que lleguemos a un acuerdo Y LO CUMPLAN, el terrorismo tendrá lugar en suelo americano. Por el momento, como advertencia de que lo tenemos todo organizado sin la menor posibilidad de fallo, han estallado veinticinco cargas pequeñas en sus principales aeropuertos. Si no llegamos a un acuerdo, en breve destrozaremos las torres de control de esos

veinticinco aeropuertos, o de otros que mejor nos convengan, a la hora de mayor tráfico aéreo. No lo duden: PODEMOS HACERLO.

»A menos que:

»1.° Estados Unidos consiga que en las conversaciones que están realizándose en Ginebra, se llegue a un acuerdo DEFINITIVO en el sentido de que sea autorizada la creación de un nuevo y libre ESTADO PALESTINO.

»2.° Empiecen a reunir cien millones de dólares ($100.000.000) para tenerlos dispuestos en un plazo máximo de tres días, con el fin de enviarlos al lugar que se les indicará más adelante, así como el medio en que se realizará la entrega.

»Dentro de setenta y dos horas volveremos a comunicarnos con ustedes.

»*Estado palestino libre*».

»**NOTA DE LA CENTRAL CIA**:

»Salida hacia Sector New York. Este mensaje debe ser puesto en conocimiento de la agente N. Y. 7117, Baby, INMEDIATAMENTE».

Brigitte Montfort terminó de leer la amenazadora misiva, se inclinó hacia delante para dejarla sobre la mesita de laca, y tomó un cigarrillo, que encendió parsimoniosamente, mientras Minello alargaba un brazo hacia el papel, mirando de reojo a Pitzer, que adelantó un paso.

—Minello, no toque…

—Déjelo, tío Charlie —murmuró Brigitte—. Sabe usted perfectamente que podemos confiar en Frankie.

—¡Chúpate esa! —sonrió Minello.

Pitzer refunfuñó algo, pero se desentendió pronto de Minello,

para prestar toda su atención a Brigitte Montfort, que fumaba apaciblemente.

—Bien —refunfuñó—, ¿qué le parece?

—¿Tenemos alguna pista? —preguntó ella, a su vez.

—En absoluto.

—Entonces, lo único que podemos hacer es esperar a que llegue el siguiente mensaje, tío Charlie. ¿De dónde procedía éste?

—En el sobre estaba el matasellos de Miami… Pero eso no tiene por qué revelar nada, forzosamente.

—Desde luego. Sólo revela que todo estaba muy bien planeado, habían medido el tiempo, tenían la seguridad de que esos petardos estallarían… ¿Hemos enviado técnicos nuestros a investigar esas pequeñas explosiones?

—Desde luego, pero aún no sabemos nada concreto.

—Entonces, ¿qué espera la central que haga yo?

—Evidentemente, piensan encargarla a usted del asunto.

—Sí, evidentemente. Pero…

—¡Zambomba! —agitó Minello una mano—. ¡Esto parece que va en serio!

—¿Y por qué no habría de ir en serio, Frankie?

—Bueno… Caracoles… ¡Cien millones de dólares!

—Eso puede conseguirse con facilidad —encogió los hombros Brigitte—. Lo otro es lo difícil.

—¿Podemos los americanos presionar a los demás para que acepten la existencia de esa Palestina libre?

—No sé, Frankie… No sé. Pero aunque así fuese, no sería cosa de un día o una semana, me parece.

—Pues la cosa está que arde, porque si no se hace lo que esta gente pide, pueden cargarse a miles de personas. Y por supuesto, provocarán el terror en todo el país… Esto parece cosa de esos tíos del Frente de Liberación de Palestina, ¿no?

—Han viajado mucho —murmuró Pitzer—. Y debe hacer mucho tiempo que lo están preparando todo. ¡Maldita sea! ¿Por qué tienen que complicamos a nosotros en sus problemas?

—Podríamos hacer esa pregunta al revés —deslizó Baby Montfort—, ¿por qué nos metemos nosotros en los problemas de los demás, tío Charlie?

—Eso es romper la armonía, ¿verdad, Brigitte?

—Algo así, Frankie —le miró ella—. Pero no son sólo esas personas quienes la rompen, sino todos… Nosotros, los americanos, también lo hacemos, por supuesto. La armonía sería que cada cual estuviese en su sitio, ocupándose de sus cosas, y si se ocupaba también de cosas ajenas, que fuese para colaborar en su solución, no en su complicación. ¿Sabías que el mundo animal es mucho más armónico que el nuestro, Frankie?

—¿De veras?

—De veras. Por sí mismos, todo estaría siempre en una lógica armonía. Pero llega el hombre, mata a los bisontes y a las ballenas, y rompe la armonía que ellos respetaban… Algo falta ya en el universo. Y como la ambición del hombre nunca se sacia, una vez destruida la armonía animal, busca mayores horizontes: allá donde haya algo por lo que pelear, aparece el hombre. No se reparten el petróleo, por ejemplo, sino que piensan: el petróleo es un arma poderosa. ¿Por qué no me lo quedo todo y así controlaré a los demás? Siempre lo mismo, Frankie: al poder por la fuerza. Pero siempre hay alguien más poderoso que el poderoso.

—¿Qué quieres decir?

—Dime qué animal te parece el más poderoso de la selva.

—Pues… el tigre, ¿no?

—Muy bien —aceptó Brigitte—. Pues llega el hombre y mata al tigre con sus rifles. El hombre es más poderoso, entonces. ¿No te parece?

—Sí, y llegamos al final: ya no hay nada más poderoso que el hombre.

—Oh, sí… Sí, Frankie. Por ejemplo, un rayo…

—Caray…

—O bien, otro hombre.

—Vaya…

—O quizá, una mujer —sonrió Brigitte Baby Montfort.

—Es decir —refunfuñó Minello—, que como hay alguien por ahí que está queriendo romper la armonía, ya se dispone la agente Baby a entrar en acción.

—Digamos —rió ella, quedamente— que voy a intentar entrar en armonía con el universo. Tío Charlie —lo miró fijamente—, le enviaré una postal diciéndole en qué hotel de Miami podrán encontrarme cuando llegue el momento.

—¿Y si no pasa nada? —preguntó Frankie.

—¡Zambomba, mejor! ¡Con lo bien que se está en Miami en invierno!

Capítulo II

Se estaba estupendamente.

En la playa privada de uno de los hoteles de Miami Beach, tendida al sol en bikini se estaba estupendísimamente, esa era la verdad.

Pero quienes en verdad estaban superestupendísimamente eran los acaudalados caballeros que podían permitirse el lujo de pasar sus vacaciones en invierno en Miami Beach. Cierto, el sol no calienta en exceso, pero al menos no hay humedad; proporciona un calorcillo seco y agradable, que va bronceando la piel lentamente, dándole un tono muy bonito. La prueba la tenían en aquella divina criatura que tomaba el sol junto a uno de los parasoles: tenía la piel como si estuviese hecha del mismísimo sol, o de oro… Fantástico, increíble, sensacional…

Por eso, los caballeros alojados en aquel hotel lo estaban pasando superestupendísimamente contemplando a aquella criatura de grandiosos ojos azules, boquita que parecía hecha de besos, sonrisa de ángel y cuerpo de diosa. Lástima que había en ella algo sutil, pero clarísimo, indicando que no estaba allí para soportar moscones. Era de una cortesía, una educación y una amabilidad exquisitas, pero se comprendía en el acto que en modo alguno aceptaría la compañía de nadie.

Por eso, cuando en la playa apareció aquel sujeto alto, atlético y rubio, que se dirigió directamente hacia ella, hubo alguna sonrisita de burla; sí, señor, el guapo atleta en traje de baño se iba a llevar el gran chasco.

Con la toalla al cuello colgando los extremos hacia el pecho, el guapo rubio, tras echar un vistazo por la playa, tomó la dirección de la señorita Montfort, con decisión admirable. Llegó junto a ella haciéndole sombra un instante, y sonrió cuando la señorita Montfort alzó la cabeza y lo miró, con gesto amable.

—Hola —saludó el guapo—. ¡Qué rico está el sol! ¿Verdad?

—Riquísimo —asintió ella—. Por eso debería usted ser tan amable de no privarme de él.

—Usted perdone —se sentó a su lado, cruzando las piernas a estilo hindú—. ¿Qué? ¿Cómo va el descanso?

—Oh, muy bien, gracias.

—Usted se lo merece todo —sonrió de nuevo el guapo—. ¿Quiere que le acerque un poco más el sol? Si me lo pide, salgo volando para arriba, lo agarro por las melenas y lo acerco más a la tierra.

—¿Al sol?

—Al sol y a todo lo que usted me pida. ¿La estoy molestando?

—Resulta usted más bien simpático. —Ella se sentó sobre la gran toalla—. Pero puedo privarme de su compañía sin sentirme triste.

—¿A que no? ¿A que si le digo mi nombre es usted capaz hasta de darme un beso?

La señorita Montfort parpadeó; luego, entornó los ojos, por fin, sonrió dulcemente.

—No me diga que se llama usted Simón —susurró.

—Caracoles —abrió mucho los ojos el rubio guapo—. ¡Usted es adivina, Baby! Bueno, ¿qué hay del beso?

—¡Se lo debo! —rió la divina—. Ahora tenemos demasiado público, Simón.

—Pues podrían irse todos a freír espárragos, digo yo —masculló el agente de la CIA.

—Me parece —volvió a reír la divinísima— que lo mismo están pensando ellos con respecto a usted. Deben estar reflexionando sobre los encantos que tiene usted y que ellos no tienen, y que me han decidido a aceptarlo a mi lado… ¿Qué me dice de esos sujetos de las bombitas y de los cien millones de dólares?

—Ya han enviado su segunda carta —asintió el espía—. Y en la central dicen que usted es un poco bruja… ¿Cómo sabía que la entrega del dinero se efectuaría cerca de Miami?

—No lo sabía, pero tenía cierta lógica. El matasellos de la primera carta era de Miami, es decir, de un lugar costero desde el cual puede uno alejarse rápidamente de Estados Unidos por mar o por aire. ¿No le parece eso más lógico que recoger cien millones de dólares en el centro de Estados Unidos?

Simón se tocó la frente con un dedo.

—Usted piensa —sonrió—; luego, existe. Muy bien pensado, desde luego. Por cierto: el matasellos de la segunda carta era también de Miami.

—Eso no me sorprende nada. Si la primera vez no les importó revelar que estaban en Miami, ¿por qué tendría que importarles revelarlo la segunda vez?

—Caramba… Usted es una computadora, Baby… ¡Pero muy linda, santo cielo! ¿Sabe nadar?

—Un poco.

—Pero a lo mejor el agua le parece demasiado fría.

—Nada de eso. Precisamente estaba pensando en darme un baño.

—Pues me ha fastidiado usted —torció el gesto Simón—, porque yo soy muy friolero. Pero, en fin: ¡no hay nada que un Simón no haga por su Baby! Vamos allá.

Brigitte Montfort se puso en pie, y a su alrededor, el aliento quedó retenido en los pechos masculinos. ¿Podía ser cierto que existiese en el mundo una belleza semejante?

Los alientos masculinos estuvieron retenidos hasta que la bellísima espía entró en el agua, con el afortunado rubio guapo, que se estremeció.

—¡Brrr! ¿De verdad está usted bien aquí dentro?

—¡Estoy maravillosamente! —rió ella, echándole un poco de agua a la cara—. ¿Qué decía la segunda carta?

Simón dobló las rodillas, de modo que desapareció bajo el agua, y reapareció en seguida, con los cabellos pegados a la cabeza, resoplando.

—Quieren los cien millones de dólares en dos paquetes, muy bien preparados y apretados y envueltos en algo impermeable, sin fallo alguno.

—¿Lugar de la entrega?

—Muy cerca de aquí, hacia el sur, algo más abajo del Homestead Bayfront Park, a muy poca distancia de ese parque hay una punta de tierra que se adentra en el mar. Pues bien: allá debe ser depositado el dinero, cargado en un hidroavión, que llegará de tierra adentro y se posará en las aguas delante mismo de esa pequeña punta de tierra.

—¿Cuándo?

—Esta misma tarde, a las seis.

—Oh, entiendo.

—¿Qué es lo que entiende?

—Quieren hacerse cargo del hidroavión a las seis para alejarse con él de Estados Unidos, de tal modo que un par de horas más tarde, ya de noche, pueden apagar todas las luces, y así sería imposible detectarlo desde tierra hasta el final de su viaje.

—Sí, supongo que eso es lo que quieren… ¡Brrr!

—¿Quiere que salgamos ya?

—O salimos o nadamos un poco… ¡Me estoy quedando helado!

—Pues nademos un poco. El deporte es muy conveniente.

—Prefiero el ajedrez.

Rieron los dos y comenzaron a nadar, mar adentro. Entre brazada y brazada, Simón preguntó:

—Entonces, ¿qué? ¿Entregamos el dinero?

—¿Lo he de decidir yo? —se sorprendió Brigitte.

—Diríase que nuestros altos jefes de la central han convencido a nuestro presidente para que el asunto quede en sus manos: lo que usted decida será lo que se haga.

—Entonces, no hay problema: desde luego que entregaremos ese dinero.

—Son cien millones de dólares —recordó el espía.

—¿Y a mí qué me importa? Es muy posible, Simón, que cuando usted regrese y diga que yo opto por entregar el dinero, le pongan objeciones. Bueno… Usted dígales de mi parte que tenemos en Estados Unidos bastante más de cien millones de dólares, y que sólo son papeles con dibujitos. En cambio, los cientos de personas que pueden morir repartidas en veinticinco aeropuertos, jamás podrán ser recuperadas para el… patrimonio nacional.

—Me gusta su visión del asunto —aseguró Simón, muy serio, dejando de nadar y volviéndose hacia la playa—. Pero entregar cien millones de dólares, así como así, no me parece propio de la agente Baby.

—Es que —sonrió ella, también volviéndose hacia la playa y flotando moviendo apenas las piernas— no los vamos a entregar, así como así, naturalmente. Colocaremos un emisor en el hidroavión.

—Lo deben tener previsto.

—Lo supongo. Ya imagino que irán volando tranquilamente hasta que sea de noche. Luego, amenizarán en cualquier parte, hundirán el hidroavión después de pasar el dinero a una embarcación, y seguirán el viaje hasta su verdadero destino. Sí, deben tener prevista esa jugada por nuestra parte, Simón. Pero nadie puede prevenirlo todo.

—O sea —se iluminó el rostro del espía—, que usted ya tenía previsto que ellos tuviesen prevista nuestra jugada.

—Exactamente. Bien, volvamos a tomar un rato más el sol y le diré qué es lo que tenemos que hacer cada uno de los que intervengamos en esto, para que pase mis instrucciones a *mister* Cavanagh…

—Él no está al frente de esto.

—¿No? ¿Quién está, entonces?

—Otro jefe de la CIA, de la sección administrativa. —Divertida broma.

—No es una broma.

—Sí, es una broma, porque usted notificará de mi parte que yo quiero trabajar con mis Simones, no con señores que entienden mucho de números. Quiero en movimiento a mi grupo de acción, no a unos papanatas. Así que la jefatura de los hombres que me respalden la ostentará *mister* Cavanagh. Espero que sabrá usted transmitir con toda claridad este deseo mío.

—No le quepa la menor duda. Pero… ¿y si a pesar de todo esto y de sus previsiones, fallamos?

—No podemos fallar, Simón —susurró la espía más peligrosa del mundo—. Hay que rastrear a esos hombres, sea como fuere. Y le diré por qué: les entreguemos o no les entreguemos el dinero, ellos están decididos a sabotear esos veinticinco aeropuertos.

Simón palideció, y no de frío.

—Pero si les pagamos…

Ella movió negativamente la cabeza.

—No, Simón. ¿No lo entiende? Están dispuestos a obtener un beneficio económico de todo este asunto que debe haberles costado mucho tiempo y dinero preparar, pero no se conformarán con el dinero. Quieren dar una lección a Estados Unidos.

—Quizá sean fanfarronadas, y no tengan bombas, o… ¡no son fanfarronadas!

—Las tienen. Tienen todo lo que precisan para provocar el terror en todo el país: armas, explosivos, dinero, un plan perfecto… Todo. Pero, claro, no harán nada hasta que hayan cobrado los cien millones de dólares. Lo que quiere decir que si los entregamos esta noche, no dispondremos de mucho tiempo para evitar esos veinticinco sabotajes simultáneos. No lo dude, Simón: lo harán…, si nosotros no lo impedimos.

—Dios… Ahora sí que tengo frío, Baby. ¡Hasta los huesos me parece que se me han congelado!

—Pues vayamos a tomar el sol y charlemos sobre el modo en que nosotros haremos las cosas.

A las seis en punto de la tarde, un pequeño hidroavión amerizó en el lugar convenido, tras aparecer del interior de la península de Florida. Su impulso lo llevó unos trescientos metros mar adentro; luego giró y regresó hacia la costa, cada vez más lentamente, hasta detenerse a unos cincuenta metros de tierra firme.

Inmediatamente, un bote de goma fue echado al mar y dos hombres saltaron a él desde el helicóptero, empuñaron los canaletes, y remaron hacia tierra, dejando el aparato desocupado, a la deriva. En su interior había dos grandes fardos envueltos herméticamente en lona impermeable. Y perfectamente camuflado en una de sus alas, un emisor de señales cuya potencia rebasaba las cien millas.

Los dos pilotos llegaron a tierra, deshincharon el bote, y caminaron hacia donde les esperaba un coche.

Subieron a él, el coche partió y el lugar quedó solitario.

Desde su perfecto escondrijo en lo alto de una palmera la agente Baby veía todo esto gracias a los potentísimos prismáticos. Cuando el coche desapareció, bajó los prismáticos, y del escote sacó la pequeña radio de bolsillo y llamó.

—¿Sí, Baby? —contestaron en el acto.

—¿Todos preparados?

—Por supuesto que sí. Vamos a obtener unas fotografías que ganarían cualquier concurso, se lo garantizamos: con estos teleobjetivos podemos fotografiar una moneda de cinco centavos que esté a diez millas.

—Magnífico. Pero recuerden básicamente esto: si nos ven, todo se habrá perdido.

—No nos verán.

—De acuerdo.

Cerró la radio, la guardó y volvió a mirar con los prismáticos hacia el hidroavión. Luego, hacia la playa, hacia el cielo… Durante cinco minutos, nada ocurrió. No apareció una lancha, ni un helicóptero… Nada. Después de los cinco minutos, aparecieron dos hombres en bicicleta, acercándose a la playa, lentamente, a marcha de agradable paseo.

Dos negros. Los prismáticos los enfocaron, acercando prodigiosamente sus rostros a los ojos de la espía internacional. Dos rostros agradables y simpáticos, grandes ojos, bocas sonrientes, Dos negros jóvenes y simpáticos, vestidos descuidadamente con viejos pantalones y jerséis, y calzados con zapatillas de tenis.

«Lo van a estropear todo —pensó Brigitte—. A menos que sean ellos, claro».

Eran ellos. *Ellos*.

Llegaron lo más cerca posible del agua con las bicicletas, y las dejaron allí como quien abandona una colilla. Caminaron hacia la orilla, y sin la menor vacilación se metieron en el mar, comenzando a nadar con admirable soltura hacia el hidroavión. Baby sacó de nuevo la radio, rápidamente.

—¿Los han fotografiado?

—Desde luego.

—Esperaremos todavía un buen rato antes de marcharnos, uno a uno, subrepticiamente. En cuanto a las fotografías, deben ser enviadas cuanto antes, ya sea por radio o en copias, a toda la cuenca del Caribe. Con preferencia será movilizado nuestro personal de raza negra. De momento, que la orden sea radiada a todos los puntos centrales, que la retransmitirá a las radios de corto alcance. Pero que nadie se mueva de su lugar de residencia hasta que sepamos exactamente dónde deja de emitir sus señales el emisor.

—Muy bien. Si con esto no los cazamos, nada habrá servido de nada, Baby.

—Lo sé —se nubló el rostro de Brigitte—. Lo sé, Simón.

Volvió a mirar hacia el hidroavión, al cual se estaban encaramando ya los dos negros. Por supuesto, habían elegido bien el personal para cada parte del trabajo a realizar. Así que no era

probable que los dos negros se limitasen a hacerse con el dinero y regresar a tierra para llevárselo en sus bicicletas…

Cierto. Al poco de subir los dos negros al hidroavión, éste se puso en movimiento, deslizándose sobre las aguas, girando en cerrada curva para enfilar hacia alta mar. Su velocidad aumentó, se despegó del agua, ascendió, ascendió, ascendió…

Después de perderlo de vista, la agente Baby tuvo un estremecimiento… ¿Y si los puestos de recepción de señales distribuidos desde aquella mañana no fuesen suficientes? Si el hidroavión se alejaba mucho más de lo previsto, dejarían de percibir su señal, pero no porque lo hubiesen hundido, sino sencillamente porque quizá proseguía su viaje hacia América del Sur…

—No quiero ni pensarlo —se estremeció de nuevo Baby—. Santo Dios, no quiero ni pensarlo…

El rubio y guapo Simón miró, una vez más, su reloj de pulsera, se mordió los labios y miró a la hermosa muchacha negra que tenía a su lado, en el helicóptero. Y una vez más, estuvo a punto de respingar, a pesar de saber que aquella bella negrita era, ni más ni menos, que la agente Baby. Apenas una hora antes, en un avión especial había llegado desde Washington un sujeto alto, flaco, encorvado, con lentes, que tenía los cabellos como una escoba puesta al revés, y que, sin mediar grandes explicaciones, había puesto una inyección a Baby.

Y a los pocos minutos, para pasmo del agente de la CIA, la piel dorada de la divina espía se había ido oscureciendo, hasta quedar en un bello color de mulata.

—Gracias, querido McGee —había sonreído Baby—. ¿Cuánto durarán los efectos del *Blackcolor* esta vez?

—La dosis no ha sido muy fuerte… No creo que le dure más de setenta y dos horas.

—Espero que sea suficiente. Feliz viaje.

Había besado al feo y desgarbado sujeto, que evidentemente había regresado a Washington, a su puesto en la jefatura de Armas Especiales de la CIA [1] .

—Yo tengo las diez y media —susurró Simón—. ¿Y usted?

—También, más o menos —sonrió ella.

—¿No está preocupada?

—Lo estaría si no supiese que nos están engañando. Es decir, lo están intentando: no creo que el hidroavión esté tan lejos de aquí como indica el paso de cuatro horas y media.

—Pues si está todo lo lejos que ese tiempo indica…

—No, Simón. Ya nos habrían avisado de que habían dejado de recibir la señal. ¿Sabe lo que están haciendo los dos simpáticos pilotos negros?

—¿Qué están haciendo?

—Están dando vueltas y más vueltas sobre el mar, con la lógica intención de intentar desorientarnos. Pero ni mucho menos están todo lo lejos que estarían si hubiesen volado en línea recta. No. Están bastante cerca.

—Pero si saben que llevan un emisor, o lo sospechan, ya saben también que lo que están haciendo es inútil.

—No, no. Ellos ya tienen su plan para despistarnos, pero, además, nos están fastidiando con todas esas vueltas. Quizá estén así hasta que se les acabe el combustible, o poco menos. Entonces, amenizarán, hundirán el hidroavión y se llevarán el dinero.

El espía soltó un bufido.

—Quisiera estar tan seguro como usted de…

Bip-bip-hip… Sonaron las radios de ambos a la vez. La espía fue más rápida en atender la llamada.

—¿Sí? —exclamó.

—La isla de Andros —informó una voz— las señales han terminado cuando teníamos el hidroavión localizado en esa posición. O son tontos, o se han estado pitorreando de los hombres que atienden los receptores en esa zona.

—Más bien lo segundo —sonrió la bella mulata—. ¿Han pasado ya aviso para la ocupación de esa isla?

—Sí. La onda de los hombres que empezarán a trabajar allá muy pronto es la del Caribe, Baby.

—¿Disponen todos de fotografías de los dos negros?

—Bueno, hemos enviado copias por todos los sistemas posibles, y supongo que no enviarán a Andros a ninguno de nuestros colaboradores sin su correspondiente fotografía para que identifiquen a esos dos sujetos.

—De acuerdo. Eso es todo. Cuando los saboteadores hagan nuevo contacto ya tendrán el dinero. Y naturalmente, se les debe

decir que la otra condición respecto a la presión de Estados Unidos sobre los conferenciantes de Ginebra se iniciará en cuanto sea razonablemente posible.

—Sí, claro… ¿Algo más?

—Nada, gracias.

—Buena suerte.

Brigitte Baby Montfort guardó su radio, miró a Simón, que naturalmente lo había oído todo, y señaló hacia el cielo, sonriendo.

—Nos vamos a Andros —dijo.

Simón movió la cabeza con gesto admirativo.

—Desde luego, si algo falla no será por culpa de usted. ¿Cómo demonios puede organizar las cosas de este modo, y tan rápidamente?

—Es muy sencillo, Simón: por necesidad. Pongamos por ejemplo a nuestros más remotos antepasados, aquellos hombres peludos, salvajes, primitivos… ¿Qué inteligencia calcula usted que podían tener? Supongamos que nosotros tenemos un coeficiente de cien: ¿qué coeficiente les aplicaría a ellos?

—¿A los dos de la Edad de Piedra y todos esos?

—Pues… No sé. Supongo que no más de un coeficiente de cinco… ¿No? Siempre comparándolos con nosotros, claro.

—Sí, sí. Pues bien: con ese coeficiente tan bajo, esos semihombres inventaron la rueda y se apoderaron del fuego. ¿Y sabe por qué?

—Necesidad —sonrió Simón—. Pura y simple necesidad.

—Eso es. Y ahora, yo tengo necesidad de llegar cuanto antes a Andros. ¿Qué le parece? ¡Los tenemos ahí mismo, en las islas Bahamas!

—¿Y no le parece demasiado fácil?

—Sí —murmuró la divina espía—. Es verdad, demasiado fácil…

—Ha sido muy fácil —rió uno de los negros—. ¿Verdad, Eneas?

—Muy fácil —rió también el otro negro—. Pero aún lo habría sido más si no hubiésemos tenido que nadar tanto, Abbe. ¿Nos vestimos ya?

—Sí, será mejor que nos lleguemos cuanto antes al poblado, a descansar. Mañana temprano tenemos que poner el telegrama en Mástic Point.

—Faltan muchas horas para eso.

Hacía algunos minutos que habían llegado a la playa solitaria, nadando desde el lugar donde habían hundido el hidroavión. Primero habían amerizado muy cerca de la costa, en un lugar de escasa profundidad, y tras asegurarse de que más adelante podrían localizar fácilmente ese lugar, habían tirado al agua los dos fardos cubiertos con lona impermeable. Luego, habían vuelto con el hidroavión mar adentro, buscando una zona que ellos sabían era convenientemente profunda, a casi dos millas de la costa. Allá, habían hundido el hidroavión, y luego habían nadado hasta aquella playa, en la que habían descansado, tendidos en la fina arena que parecía blanca a la luz de las estrellas.

La ropa la habían colocado en bolsas de plástico, de modo que pudieron vestirse, calzarse, y quedar finalmente como dos de los habitantes del poblado de Mastic Point, donde hacía días tenían una habitación para los dos en un cobertizo de pescadores muy cerca de la playa. Perfecto. Impecable todo.

—Además —dijo Abbe, terminando de vestirse—, no quisiera encontrarme con algún chickchamy.

Eneas se echó a reír agudamente, de modo que destacaron sus blanquísimos dientes en su simpático rostro. Señaló hacia las copas de unos frondosos pinos.

—¿Crees que puede haber algún nido ahí?

—¿Quién sabe? —rió también Abbe—. Me pregunto cómo es posible que los del poblado crean en estas cosas.

—Porque son negros.

—También tú y yo somos negros, y no hemos creído jamás esas tonterías. ¡Bah! ¡Pajarracos más grandes que buitres con las patas y las cabezas rojas…!

—Eso es lo de menos: lo más gracioso es eso de que pueden volar bajo el sol sin proyectar su sombra y que son vengativos y que tienen grandes poderes… Maldita sea, ¿quién inventaría esa idiotez de los chickchamies?

—Alguna vieja bruja de las islas. Bueno, vamos para allá.

Comenzaron a caminar, y Eneas saltó una risita.

—¿Y qué me dices de los fantasmas?

—Eso ya pasa de fantástico. Y si quieres que te diga la verdad, a pesar de los días que llevamos por aquí desde que nos enviaron aquellos tipos de Miami, aún no lo he comprendido muy bien.

—¿Lo de los fantasmas? Es sencillo… Tú tienes bienes, por ejemplo: dinero, campos sembrados, instrumentos… Y resulta que siempre te están robando. Entonces, tú le compras a un brujo de la isla un fantasma, lo pones en tu casa y ya nadie vuelve a robarte nada.

—Qué cosa más idiota.

—No, no, hombre… Hay gente que pide fantasmas desde muy lejos, y el brujo se los envía por correo. Agarra un fantasma, lo mete en un sobre y lo envía…, después de haber recibido su importe, claro.

—¿Y cuánto vale un fantasma?

—No sé… Cuarenta o cincuenta dólares. O cien… Depende de su calidad.

—¿Y si comprásemos uno?

Se echaron a reír los dos, quedamente, y prosiguieron su marcha hacia Mastic Point.

Detrás de ellos, a no más de veinticinco metros de profundidad, quedaban cien millones de dólares.

Capítulo III

Hacia las nueve de la mañana, después de hacer unos cuantos movimientos gimnásticos para desentumecer el cuerpo, la hermosa mulata emprendió la marcha hacia el cercano poblado, caminando por la playa. A su derecha, la increíble selva de Andros, como una gran mancha verde bajo el radiante sol, cuyo calorcillo completó el bienestar conseguido con la gimnasia.

Había llegado a la isla a nado, la noche anterior, después de saltar desde un helicóptero que no se detuvo, sino que siguió su marcha hacia el Sur. Una vez en tierra firme había sacado su equipaje de la bolsa de plástico: ropas, calzado, una gran toalla con la que se había secado, y un maletín rojo con florecillas azules estampadas. Puesto que la toalla había quedado húmeda al secarse con ella, tuvo que prescindir de su relativo calor para abrigarse durante la noche; pero, en fin, ya había pasado.

Ahora, ataviada con un jersey rojo y una falda blanca, llevando los zapatos en una mano y el maletín en la otra, la mulata de grandiosos ojos negros gracias a las lentillas de contacto, caminaba graciosamente por la arena, como gozando del sol, de la brisa del mar, de la vida.

Y así, sonriente, llegó a Mastic Point, el modesto poblado costero.

Se detuvo en un lugar soleado, se sentó en una roca, encendió un cigarrillo que sacó de su maletín y se quedó esperando. O más bien, reflexionando.

Por supuesto, ella conocía a los dos negros mejor que los colaboradores de la CIA que hubiesen sido enviados a Andros, ya que los había visto en persona, y muy bien, gracias a los prismáticos, así que la idea de acercarse por fin al poblado no era descabellada, ni mucho menos. Pero una mulata como ella podía llamar demasiado la atención, teniendo en cuenta que iba a

aparecer allí por arte de magia, sin que nadie la hubiese visto llegar, ni en lancha o avioneta.

Esto era un inconveniente.

Por otra parte…

Bip-bip-bip-bip… Oyó los suaves zumbidos de llamada en la radio, escondida en su escote.

—¿Sí? —atendió rápidamente.

—¿Baby? —sonó una voz vacilante.

—Soy uno de los colaboradores que la empresa ha enviado a la isla para…

—Sé muy bien todo eso, Simón. Dígame.

Hubo una breve pausa, antes de que la voz volviese a oírse:

—Bueno… No soy propiamente eso que usted dice. Soy uno de los colaboradores negros que…

—Le estoy entendiendo perfectamente, Simón —cortó la divina espía, dulcemente—. ¿Qué tiene que decirme?

—¿Yo soy un Simón?

—A lo peor, por mezclarse en esto, le meten una bala en las tripas. Eso quiere decir que se está jugando la vida. Si se está jugando la vida, es un Simón. Espero que lo entienda… ¿Qué tiene que decirme?

—Pues… he visto a esos dos hombres.

—¿Ya? —exclamó Baby—. ¿Dónde y cuándo?

—Hace unos minutos. Los vi salir de la vieja cafetería, y se fueron directos a la oficina del radiotelégrafo. Estuvieron allá unos cinco minutos, salieron y ahora han vuelto a la cafetería. Los estoy viendo. ¿Qué hago?

—¡No haga nada! —casi gritó la mulatita—. ¿Dónde está esa oficina del radiotelégrafo?

—En la calle principal. Es fácil verla. La cafetería.

—No pierda de vista a esos dos hombres. ¿Conoce usted a los demás colaboradores?

—Sólo a dos de ellos. No sé cuántos han enviado, pero yo sólo conozco a dos.

—Reúnase con ellos. Y estén atentos a mi llamada, sin perder de vista a esos dos hombres. Eso es todo, por ahora.

Cortó, guardó la radio, tomó el maletín, y se puso en pie. Decididamente, había llegado el momento de acercarse a Mastic

Point.

Llegó allá en pocos minutos, y en efecto, en seguida vio el letrero de la oficina de radiotelégrafos. La avenida principal del poblado estaba prácticamente solitaria, pero hacia el embarcadero se veía bastante gente, y algunas barcas se hacían a la mar. Una vieja negra, sentada ante la puerta de una cochambrosa casa baja la miró mientras pasaba, con extraño destello súbito en sus apagados ojos. Luego, escupió vigorosamente, quizá tabaco, o semillas de algo.

Pasó muy cerca de la cafetería mientras caminaba hacia la oficina del radiotelégrafo, pero no miró hacia allá, no quiso fijarse en nadie. Si los dos negros estaban en la cafetería, significaba que no tenían prisa para nada, puesto que ya habían estado antes a tomar café o lo que fuese…

No había nadie en la oficina del radiotelégrafo cuando entró allí. Sólo un hombre blanco, detrás de la ventanilla, que estaba bostezando, todavía medio dormido… Se quedó con la boca abierta al verla, y los ojos parecieron a punto de saltar de las órbitas. Inmediatamente se sentó más correctamente, se pasó las manos por los desgreñados cabellos y consiguió sonreír aceptablemente. Luego, emitió un silbidito de admiración, agitando una mano.

—Buenos días —saludó la mulatita, sonriendo—. Quería poner un telegrama, pero quizá ha venido mi primo a ponerlo antes.

—Pues no sé, porque no conozco a su primo, encanto… Ni la conozco a usted. ¿Ha llegado esta mañana?

—No. Anoche.

—¡Ah! ¿Anoche? No sé de ninguna línea regular que…

—Es una historia muy larga —volvió a sonreír ella—. ¿Me puede decir si mi primo ha puesto un telegrama?

—No creo. Hasta el momento sólo he despachado uno, y no dijeron nada de que ellos eran primos de una belleza semejante… ¿Cenamos juntos, linda?

—¿Ahora?

El hombre se echó a reír, divertido.

—Podemos dejarlo para la noche… ¿Qué le parece?

—Me parece que de noche sí me gusta cenar —rió ella—. ¿Y qué dice el telegrama que ha despachado?

—Ah, eso es confidencial, hermosa.

—Bueno, sólo quería saber si mi primo era el que lo había puesto. ¿Adónde va dirigido?

—A Nassau.

—Oh, sí… Puede ser él, sí…

—Puede ser él —asintió el hombre, amablemente—, porque los dos tipos que lo han puesto tampoco son de aquí. ¿Cómo quedamos para la cena?

—Quisiera antes saber si mi primo ha puesto el telegrama urgente que están esperando en Nassau. ¿No podría ver ese impreso, por favor?

El hombre tomó un papel de encima de la mesa, lo miró, miró a la hermosísima mulata y encogió los hombros.

—Bueno —sonrió—, ¿qué tiene de malo que usted sepa si su primo ha enviado o no el telegrama? Aquí tiene.

Ella tomó el impreso, sonriendo dulcemente al amable telegrafista y le echó un rápido vistazo. Iba dirigido a un tal Gerald Kimberley, en el Victoria Hotel, de Nassau.

El texto era el siguiente:

«El negocio ha terminado y nos tomamos unos días de descanso. Saludos.

»*Eneas y Abbe*».

—¿Qué? —se interesó el hombre—. ¿Es de su primo?

—No —pareció decepcionada la mulatita—. ¿Está seguro de que no ha despachado ningún telegrama más?

—Segurísimo.

Ella quedó como reflexionando, preocupada.

—No me extrañaría nada —murmuró— que se hubiese emborrachado anoche en Nassau y ni siquiera haya venido a recogerme. Teníamos que encontrarnos aquí, y uno de nosotros debía poner… Le estoy aburriendo, ¿verdad?

—Con usted no es fácil aburrirse. ¿Qué hay de la cena?

—Pues me gustaría, de verdad, pero estoy preocupada… Debería usted conocer a mi primo: es un bruto… ¡No me sorprendería que se hubiese caído al mar durante el viaje! ¿Sabe qué voy a hacer?

—Cenar conmigo esta noche, ¿no?

—Si encuentro a mi primo y arreglamos esto del telegrama, sí.

Pero ahora voy a darme una vuelta por el embarcadero, a ver si alguien sabe algo de él. Ha sido usted muy amable, señor…

—Llámame Bob —le guiñó un ojo el sujeto—. Y te voy a estar esperando, encanto. ¿Cómo te llamas?

—Caroline. —Ella sonrió de nuevo, como prometiendo este mundo y el otro—. Hasta luego.

—¡Hey! Si vienes más tarde de las cinco ya no vas a encontrarme aquí.

—Oh, vendré antes de las cinco, seguro.

Le tiró un beso al sujeto, y salió de la oficina. Fue directa al embarcadero, miró a todos lados y su mirada quedó fija en una hermosa lancha pintada de rojo y blanco, amarrada. Calculó la distancia entre Andros y New Providence, donde se hallaba Nassau… Alrededor de setenta y cinco millas. O sea, unas tres horas de viaje por mar, en aquella lancha, quizá algo menos. Tres horas…

Se alejó hacia la playa, se sentó en la arena y sacó la radio de bolsillo, tras asegurarse de que nadie podía verla.

—¿Sí?

—Hola, Simón.

—¡Hola! Estamos vigilando ya a esos dos que…

—Sigan con ello. Y escuche bien esto: si ellos permanecen en la isla sin hacer nada, déjenlos en paz, siempre vigilándolos, desde luego. Pero si intentasen marcharse, deténganlos, llévenlos a un lugar seguro y tranquilo, y comuniquen con su jefe de sector. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero supongamos que quieren marcharse, tal como usted dice. ¿Cómo los detenemos?

—Un Simón que colabora conmigo nunca hace preguntas tontas.

—Entiendo eso muy bien: no se irán.

—Magnífico, Simón. Besos.

Cerró la radio, encendió otro cigarrillo y estuvo contemplando el mar mientras lo fumaba.

Decisión tomada. Se puso en pie y regresó al embarcadero. En la lancha todavía no había nadie, pero en las demás embarcaciones había muchos hombres, la mayoría de raza negra, que la miraban con curiosidad y admiración, cambiando comentarios que debían ser sabrosísimos.

Otros diez minutos más tarde apareció un hombre blanco, rubio,

de unos cincuenta años, que se dirigió directo a la lancha y saltó a ella. Sus cabellos eran rizados, muy largos, en consonancia perfecta con una larga barba que se agitaba a la brisa del mar. La mulatita fue allá y se quedó mirando desde el borde del embarcadero.

—Hola —saludó—. ¿Alquila usted su lancha?

El hombre movió negativamente la cabeza, tras mirarla de arriba abajo como quien ve visiones.

—No acostumbro a hacerlo: cuando mi lancha sale al mar, yo salgo al mar. ¿Entiende?

—Me parece que sí. ¿Podría llevarme a Nassau?

—Podría hacerlo, sí. Pero ¿por qué lo he de hacer?

—Le pagaré quinientos dólares.

El estrafalario sujeto quedó un instante con la boca abierta. Luego, exclamó:

—¡Suba! ¡Zarpamos ahora mismo!

La mulata saltó a la lancha y, en efecto, el melenudo y barbudo sujeto la puso en marcha en el acto, tras soltar la amarra. Cuando fue a darse cuenta, la mulatita ya estaba navegando hacia el Norte.

—Es usted un hombre de decisiones rápidas —rió.

—Por quinientos dólares soy capaz de bailar cabeza abajo sobre un montón de brasas. Y hablando de esos quinientos dólares, preciosa, no es que desconfíe, pero…

—Oh, sí, le entiendo.

La mulata se subió la falda, y del interior de los pantaloncitos sacó un fajo de billetes, del cual separó quinientos dólares, mientras el barbudo parecía al borde del colapso. Tomó el dinero, se lo guardó y suspiró profundamente.

—No me lo diga si no quiere —masculló—, pero… ¿qué hace usted aquí y de dónde ha salido?

—Es una historia cochina —replicó ella.

—¿Cochina?

—Muy cochina. Verá, yo estaba ayer en Nassau, paseando por el embarcadero, y un muchacho…, un hombre blanco, muy guapo, se me acercó, y me dijo si quería dar un paseo en yate con él y unos amigos. Le dije que bueno, y allá fuimos. Era un hermoso yate. Había más chicas, casi todas blancas… Había una pelirroja muy hermosa… Bueno, salimos con el yate, y la cosa se fue complicando. Todos habíamos bebido mucho, y los hombres, pues… se fueron

familiarizando demasiado. Uno de ellos me metió la mano por aquí, y me dijo: «Negra, tú y yo vamos a hacer café con leche». De momento, no comprendí muy bien, pero en seguida me di cuenta de que él era la leche, y que yo tenía que hacer el papel de café. ¿Comprende?

—Sí —rió el barbudo—. ¡Claro que entiendo! ¿Y qué? ¿Hicieron el café con leche?

—No —la mulata frunció el ceño—. Le di un tortazo que se tragó la lengua. Para entonces yo no sabía ya dónde estaba el yate, así que cuando me dijeron que si no me gustaba la fiesta lo mejor era que desembarcase, les dije que encantada de perderlos de vista. Bueno, pues poco después me encontré en una playa, yo solita y en plena noche. Me dormí por ahí, y luego llegué a este sitio. Menos mal que me dieron algo de dinero antes de dejarme sola.

—Vaya un grupo de cerditos —aseguró el barbudo—. ¿Y usted no se imaginó para qué la invitaban al yate?

—Creí que sólo se trataba de bailar y de hacer algunas fotografías.

El barbudo la miró incrédulamente. Luego encogió los hombros y dijo:

—Es lo malo de ser tan bonita. Y si encima es negra, pues claro: a los blancos nos gusta hacer café con leche.

—¿Usted también?

—Hijita —se echó a reír de buena gana el barbudo—, yo ya he tomado demasiado café y demasiada leche en mi vida. Ahora me toca descansar. Hemos dicho Nassau, ¿no es eso?

A la una menos diez del mediodía, la lancha llegó a Nassau, y la mulatita desembarcó. Desde el muelle, saludó con la mano al barbudo, que le gritó, sonriendo:

—¡Y cuidado con esas invitaciones, Caroline!

—¡Soy tan tonta, Archie! —rió ella—. ¡A lo mejor volvemos a vernos en Andros!

Dio media vuelta y se alejó de allí, con su maletín rojo con florecillas azules por todo equipaje. Pocos minutos después entraba en unos almacenes, localizaba los servicios y se encerraba en una de las cabinas.

Nueva llamada por la radio de bolsillo.

—Adelante —oyó la voz.

—Buenas tardes, Simón.
—¿Baby?
—Desde luego.
—Bien… Bueno, no sabíamos que estaba aquí. Ayer movilizamos mucho personal, pero con destino a Andros. Creíamos que…
—Ahora estoy aquí, en Nassau… Simón, quiero que tome nota de este nombre: Gerald Kimberley, alojado en el Victoria Hotel. Localícenlo inmediatamente y no lo pierdan de vista, pase lo que pase, vaya a donde vaya, haga lo que haga… Ese hombre está relacionado con el asunto que ha dado lugar a toda esta movilización de personal de raza negra. ¿Comprende?
—Sí, sí. Gerald Kimberley, Victoria Hotel. Nos encargaremos de él inmediatamente. Supongo que es la zorra que puede llevarnos a la madriguera, ¿no?
—Por el momento, sí. Ese hombre es la zorra que hay que vigilar. Pero, Simón, no lo olviden: las zorras son muy astutas.
—Lo tendremos en cuenta. ¿Qué ha pasado con el dinero?
—Me parece que está en el fondo del mar, pero no sé dónde. Ya lo encontraremos. Ahora piensen solamente en ese Kimberley.
—Muy bien. ¿Y respecto a usted?
—Volveré a llamarlos si les necesito. Ah… Avisen a Miami por radio para que desde allí transmitan instrucciones en el sentido de que sean retirados ya todos nuestros colaboradores, excepto los de Andros. Puesto que ya no son necesarios, es mejor que se estén quietos en sus lugares de residencia.
—*Okay*. ¿Algo más?
—Mil besos.
Cerró la radio, salió del compartimiento higiénico y se quedó mirándose a uno de los espejos. Poco a poco, una sonrisa fue apareciendo en los labios de la bella mulata. Una sonrisa que casi terminó en carcajada.
Desde luego, a veces se le ocurrían unas cosas…

Capítulo IV

Gerald Kimberley tenía cuarenta y dos años, de los cuales, cuarenta se los había pasado acumulando mala uva, pues la vida no había sido precisamente amable con él a partir del momento en que pudo sostenerse sobre sus diminutas piernas…, que ahora eran bien grandes y robustas, por cierto.

Todo él era grande y robusto: un coloso de casi metro noventa, cabellos y ojos negros, y boca de cepo, grande, hermética. En cierto modo, era atractivo, pero su gesto áspero y distante sin duda le dificultaba sacar partido adecuado de ello. Era, en definitiva, el clásico luchador que no confiaba ni en su sombra, actitud que había adoptado desde que, apenas cumplido los doce años, abandonó Gran Bretaña, su patria. Actualmente, aunque viajaba con pasaporte británico, Gerald Kimberley sentía hacia Gran Bretaña la más completa indiferencia. Sólo una cosa despertaba interés en Gerald Kimberley: él mismo.

Después de dormir la siesta, se había duchado, y se disponía a vestirse cuando sonó la llamada a la puerta de su habitación en el Victoria Hotel. Inmediatamente, la negra y dura mirada de Gerald Kimberley fue en aquella dirección, y tras breve vacilación, se colocó bien la toalla en la cintura, fue al armario, sacó su automática y caminó hacia la puerta.

Cuando abrió, con la mano izquierda, tenía la derecha a la espalda, con la pistola firmemente empuñada.

Pero, al parecer, no iba a hacerle falta… Se quedó mirando todavía entre desconfiado y desconcertado a la hermosísima mulata que le contemplaba sonriendo dulcemente.

—Hola —saludó ella—. Ya estoy aquí.

Kimberley alzó las cejas y dijo:

—¡Ah!

—¿Llego demasiado pronto? —miró a ambos lados del pasillo y

volvió a sonreír—. De todos modos, será mejor que no me quede en el pasillo, ¿no le parece?

Entró en la habitación y Kimberley fue girando de modo que la pistola quedase siempre oculta a su espalda. La mulata cerró la puerta, lo miró maliciosamente, volvió a sonreír y le echó los brazos al cuello, poniéndose de puntillas, tras dejar su gracioso maletín en el suelo.

—Eres un hombre muy alto y muy guapo —susurró—, pero demasiado serio. ¿Es que no te gusto?

Kimberley sonrió duramente.

—Debo admitir que no estás nada mal —dijo.

La mulata entornó los ojos, se apretó más contra él y le besó en los labios… Inmediatamente Gerald Kimberley tuvo la sensación de que dentro de él estallaba una carga de dinamita, pero permaneció inmóvil, sin corresponder al beso.

Por fin, ella se apartó y susurró:

—Me llamo Caroline… ¿Quieres que me desnude en seguida?

—Como prefieras —dijo Kimberley—. ¿Tienes prisa?

Caroline le miró asombrada.

—Claro que no. Pero he pensado que quizá te gustaría que me diese una buena ducha. Aunque te aseguro que mi cuerpo no huele a nada —sonrió de nuevo—. Sólo a piel limpia.

—Estupendo —elogió Kimberley.

—Espero que quedes satisfecho de mí.

—No tengo la menor duda —aceptó él.

—Entonces… ¿me desnudo?

—Sí, sí. Adelante.

Ella se acercó a la cama y comenzó a quitarse la ropa. Kimberley fue al armario y ocultó la pistola allí dentro, cuidadosamente, para que ella no la viese. Luego, se volvió y se quedó contemplándola.

Las ropas iban cayendo sobre la cama, y, finalmente, la mulata quedó completamente desnuda. Alzó los brazos, colocando las manos en la nuca, y sonrió una vez más… Gerald Kimberley comenzaba a notar una especie de hormigueo en todo el cuerpo, como si la sangre estuviese hirviendo.

—Lo que más me gusta de la vida es estar desnuda —dijo ella—. Es muy cómodo y saludable. Además, resulta mucho más estético. Sobre todo, cuando se tiene un cuerpo como el mío. ¿Verdad que te

gusto más así?

—Mucho más —murmuró Kimberley.

—Estoy acostumbrada a los elogios, así que puedes hacerme todos los que quieras —rió Caroline—. Bueno, ¿me ayudas a ducharme o lo hago yo sola?

—Creo que sería una buena idea ayudarte —aceptó Kimberley —. ¿Has dicho que te llamas Caroline?

—Sí. ¿Y tú?

—Gerald.

—Ah… Bueno, me gusta tu nombre. Y tú también me gustas, porque eres muy fuerte. Me encantan los hombres fuertes, pero a veces me encuentro con cada uno… Cuando venía hacia aquí me preguntaba: ¿qué tal será ese señor Kimble? Si es gordo y…

—Kimberley —corrigió éste.

—¿Qué?

—Gerald Kimberley, no Kimble.

Caroline se quedó desconcertada. Luego parpadeó, fue en busca de su maletín, lo abrió y sacó un papel doblado en cuatro, que desplegó. Movió negativamente la cabeza.

—No, no —dijo—. Kimble.

—Kimberley —aseguró éste.

—Pero… Bueno, yo tengo anotado aquí: «*Mister* Kimble, Victoria Hotel». He preguntado en conserjería cuál era la habitación del señor Kimble, y me han enviado aquí.

—Pues yo me llamo Kimberley.

—Oh… Bueno, entonces, ¿tú no… usted no… no ha pedido a mi jefe que le enviase una… una chica de color para…?

—Ignoro quién es tu jefe, y desde luego, no he pedido a nadie una chica de color. Sé encontrarlas yo solo.

—Oh… ¡Oh! Perdone… Entonces… ¡Oh, ese conserje idiota se ha equivocado, no ha entendido bien el nombre! ¡Tengo que marcharme!

Saltó hacia sus ropas y comenzó a ponérselas rápidamente. Gerald Kimberley se acercó a ella y le puso las manos en los hombros. Caroline se quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Has dicho que no tenías prisa —murmuró él—. ¿Qué más te da Kimberley que Kimble, ya que estás aquí?

—Oh, no, no puede ser… Mi… mi jefe es muy serio con estas

cosas, tiene clientes muy buenos a los que siempre complace. Los clientes lo llaman a él y le dicen: «Sam, envíame tal chica o tal otra, la quiero así o de esta otra manera…». Y entonces, él envía a una de nosotras… ¡El señor Kimble debe estar esperándome!

—Que siga esperando. ¿Qué más te da un cliente que otro?

—Pues… —Caroline sonrió—. La verdad es que me quedaría con mucho gusto, pero tú no conoces a mi jefe. Me haría trizas por hacerle quedar mal. No, no… Tengo que irme.

—Supongamos que te lo impido.

—¿Cómo?

Kimberley la empujó de pronto, derribándola de espaldas sobre la cama, colocándose inmediatamente junto a ella, pasándole un brazo por el vientre, inmovilizándola.

—Ya ves si es fácil —susurró—. Y no te retendré demasiado tiempo, Caroline.

—Voy… voy a gritar —tartamudeó ella—. ¡Si no me sueltas inmediatamente, voy a empezar a gritar tanto que nos van a oír en todo el mundo!

—¿No dices que te gusto?

—Sí… ¡Sí me gustas, pero no quiero que Sam me destroce la cara a golpes! ¿Crees que no lo haría? ¡Por favor, déjame marchar!

Gerald Kimberley frunció el ceño. Realmente, ¿valía la pena complicarse la vida por una mulata en unos momentos como aquellos? Positivamente, no.

—Muy bien —masculló—. Lárgate de aquí.

Caroline saltó rápidamente de la cama, acabó de vestirse y corrió hacia la puerta. Antes de abrirla, se volvió.

—Lo… lo siento… Disculpe que…

—¡Lárgate ya!

La mulata salió, y Kimberley quedó de nuevo solo, fruncido todavía el ceño. Gracioso. Muy gracioso. Acabó por sonreír, encogió los hombros y se dedicó a vestirse.

Minutos después, aparecía en el vestíbulo del hotel, y lo primero que vio fue a Caroline, sentada en uno de los sillones, inmóvil, con el maletín sobre las rodillas. Ella también le miró, con expresión asustada, y luego bajó los párpados.

—¿Hay algo más para mí? —preguntó Kimberley al Conserje.

—No, señor. Llegó un telegrama este mediodía, pero creo que ya

se lo…

—Sí, sí, ya me lo entregaron. Dígame: ¿hay algún señor Kimble en este hotel?

El conserje alzó las cejas, miró hacia la negra y luego pareció consternado.

—Creo saber a qué se refiere, señor Kimberley… Le aseguro que ella dijo Kimberley, no Kimble. Bueno, al menos, yo entendí Kimberley. Además, no hay ningún señor Kimble en el hotel.

—Entonces, ¿qué está esperando ella? —señaló Kimberley por encima del hombro.

—Llamó por teléfono —el conserje señaló una de las cabinas—, y luego vino a preguntarme si podía esperar aquí al señor Kimble, que tiene que llegar hoy mismo.

—Ya. Bien, gracias.

Kimberley se acercó a Caroline y se sentó en otro sillón, a su lado, mirándola irónicamente.

—Parece que tu jefe no sabe tomar los recados, ¿eh?

—El señor Kimble vendrá —murmuró ella.

—¿Y si no viene?

—No sé…

Gerald Kimberley movió la cabeza.

—Bueno, quizá cuando vuelva te encuentre aquí, Caroline. Hasta luego.

—Adiós…

Gerald Kimberley salió del hotel, y a los pocos segundos, Caroline fue a los servicios para damas, encerrándose, según costumbre, en una de las cabinas, y recurriendo a la radio.

—¿Simón?

—Descuide, lo hemos visto. Su descripción de él fue muy exacta. Además, ese tipo es inconfundible. Estamos tras él.

—Bien. Volveré a llamar.

—Espere. Tengo una noticia fresca para usted. Acaba de llegar a nuestra radio central de Nassau procedente del jefe de sector al que pertenecen los colaboradores que vigilan a los dos negros en Andros: ellos han intentado marcharse de la isla.

—¿Han querido marcharse de Andros? ¿Cómo?

—Con una lancha que había en el embarcadero. Están detenidos, entiendo que siguiendo instrucciones de usted. Según parece, son

dos chicos duros, que no quieren decir nada de nada.

—Entiendo. Entiendo, sí… Pero me temo que cometí un error al dar esa orden… Quiero que esos dos negros escapen, Simón. Pero con lógica y sin que haya que lamentar nada. ¿Comprende?

—Desde luego. Esperemos que esos muchachos de Andros sepan hacer esa comedia. ¿Deben seguirlos?

—No, no… Eso sería ya excesivo, ahora se darían cuenta. Por otra parte, tengo el convencimiento de que van a venir a Nassau, al encuentro de Gerald Kimberley.

—¿Cómo puede saber eso?

—No lo sé, pero lo presiento. ¿No se han fijado en él, en Kimberley?

—Sí, claro. Bueno…, ¿qué quiere decir?

—Es un asesino. Tengan mucho cuidado con él.

—¿Un asesino? Sí, podría serlo… ¿Cree que va a matar a alguien en Nassau? Un momento… ¿Cree que él está esperando a esos dos negros para eliminarlos?

—Dejen que ellos escapen y dejen que Kimberley se mueva libremente, y lo sabremos… con seguridad.

—¿Y si en verdad los mata?

—Cuando alguien interviene en un asunto que puede costar algunos cientos de vidas, supongo que habrá aceptado que una de esas vidas sea la suya propia —dijo secamente la divina espía.

—También entiendo eso. ¿Y respecto a Kimberley?

—Ya se lo he dicho: libertad absoluta…, pero sin perderlo de vista. Y eso es todo por ahora, Simón. Le iré llamando cada hora. Usted no me llame, salvo que sea imprescindible.

—*Okay*.

—Adiós. Y repito: cuidado con Kimberley.

Capítulo V

Eran casi las nueve de la noche cuando la lancha apareció en el embarcadero. Gerald Kimberley la vio en cuanto estuvo al alcance de las luces. Es decir, había visto antes sus luces de navegación, pero no supo que era la lancha que estaba esperando hasta que pudo distinguir a los dos negros que la ocupaban.

Se acercó al lugar donde quedó la lancha, y se quedó mirando a los dos negros, que habían alzado la cabeza y le miraban atentamente.

—¿Señor Kimberley? —preguntó uno de ellos.

Kimberley asintió con la cabeza, y los dos negros abandonaron la lancha. Él señaló hacia atrás.

—Tengo el coche cerca… ¿Por qué han tardado tanto? Las instrucciones eran bien claras, ¿no? Primero, el telegrama, y luego salir de Andros de modo que llegasen aquí al anochecer… Y ya hace mucho que anocheció… ¿Qué le ha pasado en la cara?

Eneas se tocó el pómulo, allá donde había recibido un golpe hacía horas. Pero Abbe y él se habían puesto de acuerdo: nada de explicar que unos hombres les habían detenido y que luego habían podido escapar. Lo único que querían era su dinero, y largarse lo más lejos posible de allí.

—Tuvimos una avería con la lancha, y me golpeé contra la borda… Por eso hemos tardado más de lo convenido.

Los negrísimos ojos de Gerald Kimberley fueron de uno a otro negro, con una fijeza que los inquietó no poco. Pero el gigante blanco asintió con la cabeza.

—Ya. Bien, vamos al coche… ¿Han hecho el mapa?

—Sí.

—¿Dejaron caer los fardos en el lugar convenido?

—Sí, sí… ¿Tiene nuestro dinero?

—Lo vamos a ir a buscar ahora. Luego, los llevaré al

aeropuerto… Supongo que tienen sus pasaportes en regla.

—Sí, señor. Nos marcharemos muy lejos en cuanto hayamos cobrado.

Kimberley asintió con la cabeza, y echó a caminar hacia su coche. Poco después, se alejaba del embarcadero. Tras él, en el asiento de atrás, los dos negros cambiaron una mirada de alivio…, sin darse cuenta de que Kimberley los estaba observando por el espejo retrovisor, y que podía distinguir perfectamente sus rostros gracias a las luces de la avenida.

El coche tomó la carretera de la costa, y durante unos minutos, los tres viajaron en silencio. De pronto, Kimberley sacó el coche de la carretera y condujo por un camino. Apenas recorrida media milla, detuvo el coche fuera del camino, y se volvió hacia el asiento de atrás, empuñando su pistola, con el silenciador ya colocado. Los dos negros respingaron al darse cuenta de ello, y sus ojos destacaron en la penumbra.

—Puede que la use y puede que no —dijo secamente Gerald Kimberley—. Depende exclusivamente de ustedes.

—¿Por qué hace eso? Nosotros…

—Ustedes son un par de chicos listos que han creído que me la podían pegar a mí; a mí, que ya estaba harto de granujerías cuando ustedes nacieron. Ahora, en primer lugar, veamos ese mapa. Y mucho cuidado con lo que hacen sus manos. Primero enciendan la luz. Luego, denme el mapa.

Eneas encendió la luz, y Abbe le entregó el mapa a Kimberley, quien se lo guardó sin mirarlo siquiera. A fin de cuentas, si habían dejado caer los fardos en el lugar convenido, el mapa era una simple formalidad.

—Muy bien. Ahora, hablemos de lo que pasó en Andros.

—Pero si no ha pas…

—Les voy a meter una bala en la cabeza… ¿Les gusta la perspectiva?

—No… No, señor —aseguró Abbe.

—Pues entonces, hablemos claro. Tengo el presentimiento de que las cosas no han ido tan bien como quieren hacerme creer… Así que ahora sólo esperan su dinero para largarse. Eso me parece razonable. Lo que no me parece razonable es que si ha ocurrido algo no me lo digan, para que yo también pueda poner mi pellejo a

salvo. Tengo el mismo derecho que ustedes a ponerme a salvo, ¿no?

Abbe y Eneas vacilaron, y el primero murmuró:

—Bien… Sí, algo pasó en Andros, pero… lo solucionamos.

—¿Sí? ¿Qué pasó y cómo lo solucionaron?

—Nos detuvieron unos tipos, pero conseguimos escapar. ¡Y le aseguro que no han podido seguirnos, nadie sabe hacia dónde nos hemos dirigido!

—Estupendo. ¿Quiénes eran esos tipos?

—No sabemos… Eran negros. Como nosotros.

—¿Cuántos eran?

—Cinco.

—¿Y consiguieron escapar?

—Sí… Ellos se descuidaron.

—Ya. Han estado de suerte, según parece.

—Sí… Sí, eso es.

—Pues la suerte se les ha terminado.

Plop, plop, plop, plop…

Abbe y Eneas quedaron como abrazados, retorcidos grotescamente en el asiento. Impávido, Kimberley los estuvo observando unos segundos, por si se movían. Pero, no. Ya hacía tiempo que había aprendido a matar sin el menor fallo.

—De todos modos tenía que mataros —dijo en voz alta.

Se guardó la pistola, salió del coche, y sacó los dos cadáveres, tirándolos entre unas matas. Luego, miró el asiento de atrás, y movió la cabeza con disgusto al ver las manchas de sangre. Del maletero, sacó una manta, con la que cubrió el asiento.

Finalmente, emprendió el regreso a Nassau.

Alzó las cejas al entrar en el vestíbulo y verla sentada en el mismo sillón. La había olvidado, por completo. Pero allá estaba, tan hermosa, tan juvenil… Como un relámpago, la imagen de Caroline desnuda pasó por la imaginación de Gerald Kimberley.

Se dirigía directo a la conserjería, pero desvió la marcha hacia la mulata, que le miraba llegar, tímida la expresión. Se sentó a su lado.

—¿Y el señor Kimble? —preguntó.

—Sam me…, me llamó aquí, y me dijo que el señor Kimble le había llamado desde Miami. Ha…, ha retrasado el viaje hasta mañana.

—Ah. Y entonces, ¿qué haces aquí?

Caroline le miró fijamente, pero un poco encogida. Luego, bajó los párpados, sin contestar. Kimberley se pasó la mano por la boca, preocupado. La perspectiva de pasar la noche con Caroline era tentadora en verdad, pero…, ¿resultaba aquel momento adecuado? En su interior había un intenso deseo de marcharse de Nassau, de escapar cuanto antes, para regresar a Miami. Pero si habían seguido a los dos negros…, ¿no cabía pensar que también a él lo estaban vigilando en aquellos momentos? Y en tal caso, ¿era prudente volar a Miami, acudir al encuentro de su jefe?

La respuesta que se dio a sí mismo fue negativa: si tomaba un medio regular de transporte, podrían rastrearlo con toda comodidad. En cambio, podía llamar a Miami, y pedir que pasasen a recogerlo con un helicóptero. Era más seguro. Y no sólo eso, sino que si lo seguían, se daría cuenta entonces y podría escapar.

Y si no lo seguían, pues tanto mejor. Sí, pediría que le pasasen a recoger y según reaccionasen en Miami tomaría una decisión final.

—Bien —miró sonriente a la mulatita—. Me estoy preguntando si tienes algo que hacer esta noche, Caroline.

—No… No.

—En ese caso, quizá te gustaría ducharte, por fin. Y si quieres, te ayudo.

Ella le miró como asustada, se mordió los labios y asintió con la cabeza.

—Ya sabes cuál es mi habitación —susurró Kimberley—. Ve a esperarme en la puerta, mientras recojo la llave. No sé cómo se toman las cosas en este hotel, pero siempre es mejor ser discreto, ¿no te parece?

Ella volvió a asentir. Kimberley hizo lo mismo, se puso en pie, y fue a buscar su llave. Cuando se volvió, Caroline ya no estaba a la vista. Vaya… Era una chica rápida en verdad. Incluso llegó a pensar que ella, en lugar de subir al piso donde estaba su habitación, había preferido marcharse del hotel.

Pero, no. Cuando llegó ante su puerta, ella estaba esperando. Entraron los dos, Kimberley cerró la puerta con llave y señaló hacia el cuarto de baño, sonriendo.

—Empieza tú sola. Tengo que pedir una conferencia telefónica. Luego voy a ayudarte.

Ella dejó el maletín sobre la cama, y se desnudó rápidamente, bajo la penetrante mirada de él, que descolgaba el auricular del teléfono con parsimonia.

—Soy Kimberley, de la 209 —dijo—. Quisiera una conferencia con Miami.

—¿…?

—Sí. Es el JE 9-3128… No, no: teléfono a teléfono, no. Quiero hablar precisamente con el señor Tobiah Lennington.

—Eso es. Gracias, espero.

Colgó. Para entonces, Caroline volvía a estar completamente desnuda, y tenía en una mano el cepillo para el cabello. Se lo pasó suavemente por los ondulados cabellos y sonrió. Kimberley se acercó y le puso las manos en el pecho.

—Eres la mujer más…

—Espera un momento —susurró ella, apartándose—. No quiero que nadie nos moleste.

—Nadie va a molestarnos —se sorprendió él.

Pero Caroline se acercó al teléfono, lo descolgó y dijo:

—Esa conferencia con Miami que ha pedido el señor Kimberley…, ¿quieren anularla, por favor?

—¿…?

—Sí, sí: anularla. Ya no quiere la conferencia.

—Muy bien. Gracias.

Colgó y sonrió de nuevo a Kimberley, que la contemplaba hoscamente.

—Me parece que te has pasado de rosca, nena —gruñó—. No hay para tanto. Eres hermosa, pero no tanto como para que yo descuide mis negocios.

Ella se acercó sonriendo, cepillándose el cabello con delicados gestos.

—Es que, mi amor —musitó—, a mí no me gustan tus negocios. Para desbaratarlos, estaba incluso dispuesta a pasar la noche contigo, haciéndote preguntas, convenciéndote para que me llevases contigo… Pero, has mencionado un nombre y un número de teléfono: ya tengo suficiente. Me has ahorrado una desagradable noche: gracias.

Gerald Kimberley parecía desconcertado al principio. Luego, palideció. Y de pronto, llevó la mano derecha al sobaco izquierdo,

velozmente.

Caroline fue infinitamente más veloz. Al mismo tiempo que daba el último paso acercándose a Kimberley, apretaba el mango del cepillo para el cabello, y por el extremo grueso apareció el agudísimo estilete. Los ojos de Kimberley se desorbitaron, quiso ir más rápido, retirando su mano del sobaco, con la pistola… La mano derecha de la mulata se movió, con seco gesto y el estilete se hundió en el dorso de la mano de Kimberley, clavándosela en el pecho.

—¡Uah…! —empezó a lanzar un alarido Kimberley.

Y el estilete se hundió ahora en su garganta, cortándolo en seco. Los ojos del asesino se abrieron aún más, su rostro se desencajó, la mandíbula inferior tembló violentamente… y cayó hacia atrás, rígido como una tabla, soltando un fino chorro de sangre por la garganta.

Caroline lo estuvo mirando unos segundos, fríamente. Fue a dejar el cepillo en el lavabo, regresó y registró concienzudamente a Kimberley, dejando todas sus cosas a un lado. Al ver el mapa, movió la cabeza alegremente.

—Después dirán que no existen mapas de tesoros sepultados en el mar —sonrió—. Aquí tengo un mapa que vale cien millones de dólares, nada menos.

Recogió todas las cosas de Kimberley en el pañuelo de éste, y las metió en su maletín. Luego, fue a lavar el cepillo para el cabello, se lavó también las manos, y finalmente, se vistió. Entonces recurrió una vez más a la radio de bolsillo.

—¿Simón?

—Dígame.

—¿Qué tal están nuestras relaciones con las autoridades de Nassau?

—Aceptables.

—Bien. En ese caso, ya se les puede comunicar lo sucedido. Que recojan los cadáveres de esos dos negros, y que hagan lo mismo con el de Kimberley; está en su habitación del hotel: la 209, ya sabe.

—¿Lo ha matado?

—Con gran placer. Necesito un helicóptero.

—¿Para cuándo?

—Quisiera estar en Miami cuanto antes. Una vez allí no sé cómo

orientaré las cosas, pero quiero ir allá en seguida.

—Pasaré a recogerla donde me diga dentro de… media hora. ¿Está bien?

—Está muy bien, Simón. Dígame una cosa: ¿usted tiene prejuicios raciales?

—¿Prejuicios raciales? ¿Se refiere usted a todo eso de los negros y los blancos?

—Exactamente.

—Pues le diré la verdad, Baby: lo que yo tengo son prejuicios mentales.

—Supongo que esta linda frase debe tener un significado concreto, Simón.

—Muy concreto: me disgustan los imbéciles. Y creo que hay blancos imbéciles y negros imbéciles. Si el blanco es imbécil, que se vaya al demonio. Si el negro es imbécil, que se vaya al demonio. Pero si tanto el blanco como el negro es una persona con la que se puede llegar a un entendimiento, pues me importa un pito que sea negro o que sea blanco. ¿Usted entiende?

—Simón —rió Caroline—, pase a recogerme dentro de media hora delante del Victoria Hotel. Y le prometo no ser demasiado imbécil.

El agente de la CIA se quedó mirando no estupefacto, sino patitieso, como petrificado, como momificado, a la linda mulatita que entró en el coche, sentándose a su lado. Estaba tan boquiabierto que bien se podía decir que la mandíbula le llegaba a las rodillas.

—Oiga, nena… —empezó.

—Diga, Simón, diga —le miró ella, sonriente.

La mandíbula del agente de la CIA llegó definitivamente a sus rodillas.

—¿Baby? —casi gritó.

—¿No le gusto?

Dios bendito… Pe… pe… pe… pe… pero… ¿Es usted?

—Apuesto a que todos los Simones creían que Baby era de raza blanca.

—Dios bendito…

—¿Disgustado?

—Pu… pu… pues, no…, no sé… ¡Demonios, ¿a mí qué me importa?! Como sé positivamente que Baby no es imbécil, dígame lo

que tengo que hacer.

—Llevarme a donde está el helicóptero. Y por el camino le explicaré en qué consiste cierto suero llamado *Blackcolor*. De todos modos, usted ya me ha demostrado que es una persona digna de ese nombre. Así que se ha ganado un premio extra.

—¿Cuál?

—Mejor dicho, van a ser dos. Uno, le daré un beso. Dos, será usted quien me lleve a Miami en ese helicóptero…

Capítulo VI

Hacia las once de la mañana siguiente, un taxi se detenía delante de cierta quinta sita en Miami Beach. Del taxi se apeó una hermosa mulata, que pagó la carrera, y, mientras el taxi se alejaba, se quedó contemplando la hermosa casa que se divisaba entre las palmeras y las flores.

Por fin, se acercó a la verja y tiró de la campanilla con la mano derecha: en la izquierda sostenía un gracioso maletín rojo, con florecillas azules estampadas.

A los pocos segundos, llegó un hombre procedente de la casa, y se quedó mirándola especulativamente.

—¿Qué desea? —preguntó, casi de mal talante.

—Me ha enviado un amigo desde Nassau, a ver al señor Tobiah Lennington.

—¿Qué amigo?

—Se llama Gerald Kimberley.

El hombre frunció el ceño, la obsequió con otra mirada más bien hostil, y se metió en una pequeña caseta, en la cual había un teléfono. A través de los cristales, la mulata le vio hablar por el aparato. Luego salió, se acercó a la verja, y franqueó la entrada.

—La están esperando en la casa —dijo.

Ella no contestó. Caminaron juntos hacia la hermosa casa de blancas paredes y tejado rojo, entraron en ella, y la mulata fue conducida a un saloncito.

—Espere aquí, por favor.

—Sí, gracias.

El hombre se retiró. La mulatita se acercó al ventanal, y estuvo un par de minutos contemplando el jardín. Luego, se volvió, y miró fríamente a su alrededor. Incluso había un piano, pero eso no era suficiente para impresionarla a ella. En primer lugar, porque el lujo la dejaba más bien indiferente. En segundo lugar, porque prefería la

música de violines.

Se acercó al teléfono, y miró el número que se veía impreso en la tarjeta circular del disco: JE 9-3128.

«Bueno —pensó—, el número de teléfono es éste. Ahora falta saber qué tiene que ver realmente el señor Lennington con esto».

Se sentía decepcionada. Hasta el momento, todos los que intervenían… o habían intervenido en el asunto, eran norteamericanos, o, al menos, de habla inglesa. Abbe y Eneas eran norteamericanos, el señor Lennington era norteamericano… En cambio, Gerald Kimberley era… había sido inglés. No parecía gente adecuada para tomar parte en un acto de terrorismo tramado por los guerrilleros palestinos, desde luego…

La puerta del salón se abrió, muy silenciosamente, pero ella la oyó perfectamente. Se volvió, y vio a los dos hombres que la contemplaban atentamente desde el umbral… No podían ser más diferentes entre sí. Uno de ellos era alto, delgado, rubio y de ojos claros. El otro era muy moreno, de cabellos lacios, y llevaba lentes de sol; era tan bajo que apenas le llegaba por los hombros al rubio.

Fue el rubio quien habló:

—¿Viene usted de parte de Kimberley? —preguntó.

—Sí. Desde Nassau.

—Claro. ¿Y qué noticias trae?

—Él está herido.

—Ah. ¿Qué ha pasado?

—La verdad es que no lo sé muy bien. Yo llevaba algunos días saliendo con él…

—¿Con Kimberley?

—Sí, sí.

—Entiendo. Siga.

—Llevaba algunos días saliendo con él. Anoche, me vino a buscar a mi *bungalow*, y me dijo que tenía que ayudarle. Tenía una…, una mancha de sangre por aquí —se señaló un costado—. Me asusté, pero él dijo que no era nada. Le dije que sería mejor llamar a un médico, pero se negó, insistió en que no tenía importancia. Me ofrecí a acompañarlo al hotel, al suyo, pero dijo que no quería volver allí… Me parece que dijo que no era conveniente…

—¿Por qué?

—Yo no lo sé, señor… ¿Es usted el señor Tobiah Lennington?

—Sí.

—Bueno, él me dijo que viniese aquí, a esta casa. Me dijo que debía asegurarle a usted que todo estaba bien, pero que al arreglar el asunto de los dos amigos, había tenido un contratiempo, y que esperaba poder venir pronto a Miami. Mientras tanto, me encargó muy especialmente que le entregase un sobre.

—¿Qué sobre?

La mulata fue a su maletín, lo abrió, y sacó un sobre, que tendió al rubio, pero mirando al otro, que permanecía silencioso. El rubio abrió el sobre, y sacó la hoja de papel que contenía: un plano hecho a mano. Se acercó al otro, y se lo enseñó. Entonces, el otro asintió con la cabeza, y miró a la mulatita.

—¿Ha mirado usted este papel? —preguntó en inglés.

—Pues… Bueno —sonrió—, la verdad es que sí.

—¿Y qué le ha parecido?

—Nada. Parece un mapa, ¿no? Pero no tengo la menor idea de lo que puede significar.

—¿Dónde está Kimberley?

—Se quedó en mi *bungalow*, esperando mi vuelta. Dijo que ustedes me dirían lo que tenía que hacer él para salir de Nassau, ya que las cosas se habían complicado.

—¿Llamó usted a un médico, avisó a alguien, ha comentado esto con alguna persona?

—No, con nadie. Gerald me insistió mucho sobre eso.

—¿Cuándo ha llegado usted a Miami?

—Hace una hora, más o menos. Salí de Nassau en el vuelo de las nueve y diez.

—¿Ha venido sola?

—Sí, sí, claro —se desconcertó la mulatita—. Sola.

—¿Se ha dado cuenta de si la seguía alguien hasta aquí?

—Bueno —sonrió ella—. No lo sé. Lo que quiero decir es que no le entiendo muy bien, señor. Me siguen muchas veces. Los hombres me miran, y algunos me siguen. Gerald decía que…

—¿Alguien ha llegado detrás de usted hasta esta casa?

—Yo no lo sé. Supongo que no. Nunca miro a los que me siguen, porque sé que así se cansan, y desisten de molestarme.

—¿Kimberley no le dio nada más? ¿No le dijo nada más?

La mulatita pareció sumirse en profundas reflexiones antes de mover la cabeza negativamente.

—No… Me dio esta dirección, y me dijo que debía entregarle el sobre al señor Tobiah Lennington, y decirle que estaba herido y que esperaba instrucciones… Ah, sí, y que al arreglar el asunto de los dos amigos había tenido contratiempos…

—¿Nada más?

—Pues la verdad, no recuerdo nada más. Lo que sí sé es que él estaba esperando ayuda. Y pronto, pues está herido.

—¿Cómo sabe que está herido?

La mulatita se quedó mirando atónita al sujeto de los lentes de sol.

—Porque vi la sangre —dijo, con el tono de quien disculpa la tontería ajena—. ¿Qué otra cosa podía ser, sino que estaba herido?

—Podía haber sido un accidente… Pero usted dice que estaba herido. Y a mí eso me sugiere que le alcanzó una bala, o algo así.

Ella movió la cabeza negativamente, mientras daba una perfectísima imagen de persona que empieza a estar preocupada, casi asustada.

—Gerald no me dio explicaciones. Sólo dijo que tenía que quedarse en mi *bungalow*, y que yo tenía que hacerle un favor: venir aquí a ver al señor Tobiah Lennington y contarle todo esto. Pero…

—¿Qué?

—Pues… Bueno, yo he visto algunas… reyertas, ¿sabe? Y me pareció que lo que tenía Gerald era una cuchillada.

—¿Y a usted no se le ocurrió avisar a la policía?

—¡Claro que no! A mí nunca me ha gustado la policía, señor. Y en cambio, sí me gusta Gerald —sonrió de pronto—. Es un hombre un poco bruto, pero me gusta. Y, además, es generoso. Hemos estado pasando unos días muy… agradables juntos. ¿Les he dicho que me llamo Caroline?

—¿Cuál es el teléfono de su *bungalow*? —preguntó a su vez el tipo de los lentes de sol.

—Oh, no tengo teléfono. Sólo sirve para que la molesten a una. Lo que hago cada mañana es llamar a un amigo, y le pregunto si tiene algún cliente para mí. Y entonces, según lo que él me diga, pues voy a trabajar o voy a la playa, por mi cuenta. Precisamente

en la playa conocí a Gerald. Me pareció un hombre interesante, y, precisamente porque parecía no hacerme mucho caso, me propuse…

—Ya la hemos entendido muy bien. Y nos ocuparemos de esto, desde luego.

—Menos mal… ¿Puedo volver ya a Nassau?

—No. La llevaremos nosotros mismos, en un helicóptero. Espero que no le parezca mal.

—¡Claro que no! —sonrió ella—. ¡Será la primera vez que viaje en helicóptero, y estoy segura de que me gustará! Estoy lista para salir cuando quieran.

—Puesto que según entiendo, la herida de Kimberley no es grave, nos tomaremos las cosas con calma, Caroline —intervino Tobiah Lennington—. Así que no saldremos hasta la noche. Mientras tanto, considérese nuestra invitada: toda la casa está a su disposición hasta entonces.

—Oh, yo preferiría dar un paseo por Miami, y volver cuando ustedes me dijeran. ¿A qué hora…?

—Me parece que no lo ha entendido —intervino de nuevo el tipo de los lentes de sol—. Usted *tiene* que quedarse aquí hasta que nos vayamos. ¿Lo entiende ahora?

Caroline abrió mucho los ojos, evidenciando claro temor. Luego parpadeó, bajó la cabeza y murmuró:

—Sí, señor… Me parece que ahora lo he entendido.

—Mejor para usted. Bien, la vamos a dejar ahora… Puede hacer todo lo que quiera, excepto tocar el teléfono o intentar marcharse de la quinta. Hasta luego.

Los dos hombres Salieron del salón, dejando sola a la hermosa mulatita, cuya mirada quedó fija en la puerta… Sonrió prietamente, y fue a sentarse ante el piano, deslizando los dedos sobre las teclas… Estuvo tocando unos minutos. Luego, optó por escuchar música en el formidable tocadiscos, y se dedicó a ello hasta que, poco más tarde de la una, sintió apetito. Se fue a la cocina, y mientras comía unos bocadillos «americanos», con mucha lechuga, desde luego, estuvo cambiando maliciosas frases con el cocinero, que comenzó a ponerse pesado con las manos, hasta el punto que tuvo que pararle los pies.

—Poco a poco, amigo —rió—. Estoy aquí como invitada, no

como obsequio para el cocinero.

Dejó al hombre echando chispas, y se dio una vuelta por la casa, que parecía vacía, y, ciertamente, sumida en el más completo silencio. Aparte del cocinero y del sujeto que le había abierto las verjas, no vio a nadie más, pues Tobiah Lennington y el tipo de los lentes de sol se habían encerrado en el despacho, y ni siquiera aparecieron para almorzar.

Hacia las tres de la tarde, la mulatita estaba convencida de que en aquella casa no había nada digno de especial interés… A excepción, naturalmente de Lennington y el otro. La idea de llamar por la radio estaba en la mente de Caroline desde el principio, desde luego pero, además de que esperaba el momento oportuno, tenía importantes dudas. Por ejemplo, ella no había tenido inconveniente en que muriesen Eneas y Abbe, ni en matar a Gerald Kimberley, porque sabía que eran simples soldados en el juego, y lo que ella quería era llegar hasta el general que dirigía el asunto. Quizá ya hubiese llegado a lo más alto, y los dirigentes fuesen Lennington y el otro, en cuyo caso, sólo tenía que llamar por la radio, y los agentes de la CIA que tenían estrechamente vigilada la quinta podían tomarla por asalto con toda facilidad, en menos de un minuto.

Pero… ¿y si Lennington y el otro no eran los dirigentes, y *sí*, en cambio, intermediarios, aunque fuesen más importantes que Eneas, Abbe y Kimberley? En este caso si los detenía provocaría la alarma en aquel grupo de asesinos y quizá el jefe, el verdadero jefe, desconocido hasta entonces, decidiese dar la orden para que veinticinco aeropuertos fuesen saboteados… Los cien millones de dólares, cuya posición exacta conocían ya, podían irse al infierno; no importaba que pudiesen hacerse con ellos, aunque no sería fácil para aquella gente, pues la CIA había colocado vigilancia en aquel lugar, esperando que alguien cayera en la trampa. Pero de todos modos, ¡al diablo con los cien millones!

En cambio, veinticinco torres de control saboteadas en determinado momento, podían ser una auténtica catástrofe, motivo de duelo nacional… ¿Cuántas personas podían estar viajando quizá en aquel mismo momento en veinticinco aviones? Calculó un promedio mínimo de mil, y se estremeció… Mil personas, entre las que habría bastantes niños…

En todo esto estaba pensando, aterrada, cuando la puerta del salón se abrió, y apareció Tobiah Lennington, solo. La vio sentada en el sillón, como adormilada, y le sonrió amablemente.

—¡Ah! Está aquí…

Caroline se irguió vivamente.

—¿Ocurre algo?

—No, no… Sólo quería decirle que todo va bien. Hemos pedido instrucciones, y el asunto está ya arreglado. Van a venir aquí un par de médicos amigos nuestros, y nos iremos los cinco al aeropuerto, donde ya han preparado el helicóptero. Saldremos en cuanto anochezca. Y no se preocupe por Kimberley, será bien atendido.

Ella parpadeó, como desconcertada.

—Ustedes son gente… rara, ¿no, señor Lennington?

—¿Rara? ¿Qué quieres decir?

—No sé exactamente, pero me pregunto por qué tanto misterio. En Nassau hay médicos: ¿por qué Gerald no ha llamado a uno de allí, y ya está, sin tantas complicaciones?

Tobiah Lennington volvió a sonreír amablemente.

—Ya verá cómo todo tiene explicación, Caroline… ¿Se ha cansado de escuchar música?

—Me estaba durmiendo, la verdad. ¿No podría acostarme en alguna cama de arriba? Estoy tan acostumbrada a la siesta…

—Puede acomodarse donde guste. Venga conmigo: así sabré dónde está usted, por si aún sigue dormida cuando tengamos que marchamos.

—Es usted muy amable.

Un minuto después, Caroline quedaba sola en uno de los dormitorios del piso de arriba. Se tumbó en la cama, y su mirada quedó fija en el techo. Lennington había dicho que habían *pedido instrucciones*. Esto es, que como había temido, tanto Lennington como el otro eran también intermediarios. Por fortuna, no había dado la orden a sus Simones para ocupar la villa…

Se sentó en la cama y estuvo escuchando con toda su atención. Silencio absoluto. Su mirada fue hacia el maletín, que había dejado sobre uno de los silloneros. Luego, miró hacia la puerta. Fue allá, la abrió cuidadosamente, y se asomó al pasillo. No había nadie.

Cerró, fue al maletín y sacó la radio camuflada en el paquete de cigarrillos. Tiró de uno de ellos y susurró:

—¿Simón?

—Gracias a Dios —oyó el suspiro del agente de la CIA—. Estábamos todos muy preocupados por usted.

—Estoy bien —siguió hablando en susurros la hermosísima mulata—. Ahora, escuche atentamente, Simón. Según parece, Tobiah Lennington no es el jefe. Ni tampoco un sujeto que hay con él, de baja estatura, muy moreno, y cuyo nombre desconozco por el momento. Parece árabe… Podría ser palestino, desde luego. Bien… Cuando anochezca, van a venir dos hombres, dos médicos, que serán los encargados de atender la herida de Kimberley…

—¿Se lo han creído todo?

—Parece que sí. Como le digo, vendrán esos dos médicos, y entonces saldremos los cinco hacia el aeropuerto, donde ya les tienen preparado un helicóptero para trasladarnos a Nassau. Yo iré con ellos, y los guiaré hacia el *bungalow*, que convinimos por si las cosas seguían adelante. Muy bien, quiero que unos cuantos Simones nos estén esperando allí, en el *bungalow*, para detener a esos cuatro hombres en cuanto lleguemos… ¿Comprendido?

—Desde luego. Pero ¿no sería mejor detenerlos ahora, en Miami? ¿Para qué esperar?

—Se lo diré. Si los detenemos en Miami, es posible que el jefe que reparte las instrucciones se enterase inmediatamente. No me sorprendería que estuviese por el aeropuerto cuando nosotros subamos al helicóptero, y si nos ve marchar, quedará tranquilo. Mientras él espera noticias de Nassau, nosotros habremos detenido ya a Lennington y los demás en el *bungalow*, y puede estar seguro de que los convenceremos para que nos digan quién es el jefe. Entonces, sólo tenemos que llamar por radio de nuevo a Miami, y nuestros compañeros de aquí cazarán a ese hombre. El cual, como habrá estado muy tranquilo, no habrá tenido la idea de acelerar los acontecimientos respecto a los veinticinco aeropuertos. Más bien habrá estado muy ocupado dando órdenes para que por fin el dinero sea recogido por los hombres que realmente lo han de llevar a donde está él, pues se habrá convencido de que la CIA le ha perdido la pista a los dos fardos y, por supuesto, al hidroavión. ¿Alguna duda más?

—No, caramba… ¡Claro que no!

—Pues todo decidido. Cuando anochezca, saldremos de la quinta

en coche hacia donde espera el helicóptero. Y recuerde: no hagan nada ustedes, que sean los de Nassau los que nos estén esperando. ¿Qué sabemos de *mister* Cavanagh?

—Oh… Él está trabajando como coordinador central de mensajes por radio, ya sabe. Tengo entendido que lo está pasando muy bien, que se divierte. Y, además, maldita sea mi estampa, resulta que el viejo es el mejor coordinador con quien he trabajado jamás.

—Ya sabe el refrán: más sabe el diablo por viejo que por diablo. Esto es todo, Simón. Besos a todos.

—Buena suerte, Baby.

Caroline sonrió, bajó el cigarrillo, dejó el paquete en el maletín y volvió a tenderse en la cama.

Segundos después, estaba dormida.

Capítulo VII

Despertó a las cinco y volvió al salón, donde de nuevo se dedicó a escuchar música.

Cerca de las siete oyó el motor de un coche en el jardín y fue a mirar por una de las ventanas. El coche pasó por delante, hacia el garaje, que estaba a la derecha de la casa, a unos veinte metros, y entró en él. Poco después, vio salir del garaje a los dos hombres, cada uno de los cuales llevaba un maletín.

«¡Zambomba!, como diría Frankie —pensó—. ¡Sí que son cuidadosos con Kimberley! Dos médicos, nada menos».

Se quedó pensativa, sorprendida. ¿Y si Kimberley hubiese sido el verdadero jefe de…? No. No, porque entonces, Lennington y el otro no habrían podido recibir instrucciones, claro.

Volvió a sentarse en un sillón, y durante media hora más estuvo escuchando música, hasta que comenzó a anochecer. Por fin, ya cerca de las ocho, la puerta del salón se abrió y Lennington la llamó desde allí, siempre sonriendo amablemente.

—Caroline, nos vamos. ¿Está lista?

—¡Oh, sí!

Se puso en pie, cogió su maletín y se reunió con Lennington. En el gran vestíbulo estaban esperando el tipo de los lentes de sol y los dos médicos. El sujeto aquel se había quitado los lentes, y Caroline pudo ver sus ojos, pequeños, juntos, duros como diamantes negros, fijos en ella. Sí, podía ser palestino… Desvió la mirada de él, con gesto indiferente, y miró a los dos médicos, que la contemplaban con amabilidad y admiración un tanto irónica.

—Los doctores Carlson y Newman —dijo Lennington—. ¿No es una preciosidad la mulatita, caballeros?

Los dos sonrieron más ampliamente, mientras el palestino gruñía, impaciente:

—Será mejor que salgamos ya, Lennington.

—Por supuesto.

El agente de la CIA que estaba al volante se volvió hacia el asiento de atrás, ocupado por otros dos agentes.

—Ahí sale el coche —murmuró—. Y lleva corridas las cortinillas de la parte de atrás. Delante van dos hombres…

—Baby debe ir detrás, con los otros dos. Síguelos, pero con cuidado, Mark. No podemos…

—Nada de Mark, me llamó Simón —replicó el del volante.

Los otros dos emitieron una risita.

—Está bien, hombre, está bien… ¡Hay que ver cómo se le han subido los humos a la cabeza sólo porque está trabajando en una de las misiones de Baby! ¿Cómo estaría de fanfarrón si hubiese traído a Baby desde Nassau, como yo? Por cierto, que volar con ella es sentirse de verdad en el cielo. Me contó un par de anécdotas de las que me estaré riendo aún cuando ya sea abuelo… ¿Qué estás esperando?

El del volante guiñó un ojo.

—¿No ibas a decir antes que no podemos correr el riesgo de que se den cuenta de que los seguimos, pues podrían lastimar a Baby? Pues les estoy dando ventaja. —Puso el motor en marcha—. ¿Por qué no nos cuentas una de esas anécdotas?

—Los hay con suerte —farfulló el otro agente del asiento de atrás—. Estás viviendo como un maharajá en Nassau, y encima te dedicas a viajar con Baby. Y todo eso, ¿por qué?

—Psé… Hay que nacer con buena estrella, compañero. Pero escuchad, escuchad esta anécdota. Veréis… Había una viejecita que estaba haciendo calceta, sentada en su mecedora, cuando se le presentan sus nietecitos, y uno de ellos le pregunta: «Abuelita, ¿qué quiere decir amante?». La viejecita…

—¿Has dicho amante?

—Sí, hombre: amante. ¿Es que no sabes lo que es un amante?

—Bueno, creo que sí… Digamos que es el… amiguito secreto de una señora casada, ¿no?

—Toma, claro. ¿Qué otra cosa? Bueno, pues la viejecita, al oír esto… Ya no sé por dónde iba. ¡Si vuelves a interrumpirme, te cuenta la anécdota tu abuela! ¿Está claro?

—Sí, hombre, perdona.

—Bien. Pues allá va: había una viejecita que estaba en su

mecedora, haciendo calceta, cuando llegan sus nietos, y le preguntan: «Abuelita, ¿qué es un amante?». La viejecita se queda mirándolos, muy sorprendida, como si no hubiese entendido. Pero, de pronto, pone cara de pensar, muy seria ella. «¿Un amante? Un amante, un amante… ¡Santo cielo!», exclama. Y se pone en pie y echa a correr, tris-trás, con su pasito renqueante, hacia su cuarto. Entra en el cuarto, abre el armario y le cae encima un esqueleto.

Durante un par de segundos, los otros dos Simones quedaron silenciosos, como si no hubieran oído. De pronto, los carrillos del que conducía el coche se hincharon y la carcajada brotó, impetuosa, una fracción antes que la del otro espía, cuyos ojos se habían abierto mucho al comprender el chiste.

—¡Ay, mi madre! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Y le cae encima un esqueleto…! ¡La vieja…! ¡Ja, ja, ja…!

En pos del otro coche, llegaron a Arthur Godfrey Road, y siguiendo ésta, enfilaron Julia Tutle Causeway, por la que abandonaron Miami Beach, cruzando la bahía salpicada de luces. Delante de ellos, ya en el continente, Miami; una vez en la cual, la pista recibía el nombre de Airport Espressway, que cruzaba la ciudad hacia el Miami International Airport. Seguir a un coche en estas condiciones era sencillísimo, desde luego.

Llegaron al aeropuerto, y el coche perseguido se metió en la zona de estacionamiento, se detuvo, y dos hombres se apearon, uno por cada puerta delantera.

Más allá, siempre a distancia conveniente, el coche que ocupaban tres agentes de la CIA se detuvo también. De vez en cuando, los tres reían.

—La mejor ha sido la de la viejecita… ¡Ji, ji, ji!

—Me pregunto —rió otro— adónde van esos dos tipos…

—A ver si el helicóptero está listo, hombre. Baby y Lennington y el otro, están esperando en el coche que les avisen… Oye, ¿de verdad te contó Baby esta anécdota de la viejecita?

—Claro. A ella se la había contado un periodista amigo suyo, que precisamente vive en Miami Beach, un tal Callaghan, creo.

—¡Ja, ja! ¡Demonios, hacía tiempo que no me reía tanto!

Diez minutos más tarde, reían mucho menos. Cinco minutos más tarde, estaban completamente serios. Y cinco minutos después, no sólo estaban serios, sino pálidos, con aspecto de enfermos,

desencajados los rostros, ninguno de aquellos dos tipos había vuelto al coche, y nadie más había salido de éste. El silencio entre los tres hombres era casi tangible, como algo solidísimo que los estuviese aplastando.

—Yo no espero más —susurró Simón—. Nassau… Voy a echar un vistazo. No temáis, iré con cuidado.

Sus compañeros le estuvieron mirando mientras caminaba hacia el otro coche, con la actitud de quien está buscando el suyo propio en el estacionamiento. Pasó, volvió a pasar, pasó una vez más… Y, por último, lo vieron acercarse al coche, y mirar dentro.

Cuando Simón-Nassau regresó, su rostro tenía un aspecto totalmente espectral. Se inclinó hacia la ventanilla, y dijo, con voz quebrada, aguda:

—No está… No… no… no hay… nadie en ese… coche… ¡Se han quedado con Baby delante de nuestras narices!

—Por Dios —jadeó el del volante—. Pero… si no está ahí, ¿dónde puede estar ahora?

El rumor del helicóptero acabó de despertarla. Parpadeó repetidamente, y luego se quedó mirando fijamente las estrellas que veía encima de ella. Quiso moverse, y un pie se apoyó rudamente sobre su seno derecho, aplastándolo.

—Con mucho cuidado, Caroline. La broma ya ha terminado.

Desvió la mirada y vio a Tobiah Lennington a la luz de las estrellas, como proyectándose hacia ellas, altísimo… Comprendió que estaba tendida en el suelo. Junto a Lennington estaba el otro sujeto, también con una pistola en la mano. Y por encima de los tres estaba aquel inconfundible zumbido: llegaba un helicóptero.

A los pocos segundos, vio sus luces, por encima de ellos. Y mientras tanto, se estaba dando cuenta de que le dolía horriblemente la cabeza… Y esto provocó los recuerdos de lo ocurrido en el garaje de la quinta de Lennington. Le habían dicho que entrase en el coche, y al inclinarse, recibió el golpe en la cabeza. Ahí terminaban sus recuerdos. Así de simple.

Pero mientras el helicóptero descendía, Caroline tuvo tiempo de comprenderlo todo. Desde el primer momento habían sabido que ella mentía, y la habían estado engañando, porque les convenía ganar tiempo y preparar su fuga del cerco que adivinaban debía estar tendido en torno a la quinta.

—Póngase en pie —ordenó Lennington.

Se incorporó, pesadamente. La cabeza le dio vueltas y tuvo que permanecer unos segundos arrodillada en el áspero suelo, con las manos apoyadas en éste. Le dolía el golpe, pero ciertamente aún le dolían más sus pensamientos: la habían engañado. A ella, a la agente Baby…

Suspiró profundamente, hizo un esfuerzo, y se puso en pie. Tenía la sensación de que sus huesos eran de plomo. Se dio cuenta de que con ella estaban solamente Lennington y el palestino, y comprendió la definitiva verdad: los otros dos sujetos, los médicos, si es que realmente eran médicos, habían salido con un coche simulando que todos iban dentro, hacia donde esperaba el helicóptero. Y mientras tanto, ella yacía sin sentido en el garaje. Más tarde, cuando Lennington comprendió que la CIA debía estar en pos del otro coche, la habían sacado de allí, hacia donde verdaderamente los iba a recoger un helicóptero.

¿Y qué habría pasado con el otro coche? Si los Simones habían despejado el campo, la CIA estaría ahora ignorante de todo, concentrando hombres en el *bungalow* de Nassau, a donde, por supuesto, no iban a ir. Y si la CIA había dejado allí algunos hombres para que se asegurasen de que todo salía como ella había dicho, pronto tendrían que darse cuenta de la verdad, y entonces aquellos dos falsos médicos lo iban a pasar muy mal, en el supuesto de que no tuviesen bien planeada su desaparición de escena ante las narices de la CIA, lo cual era muy lógico.

De un modo u otro, una vez más se iba a encontrar sola ante lo que pudiese ocurrir. Una vez más, sola…

—Camine —la empujó Lennington—. Y baje la cabeza si no quiere quedarse sin ella.

Pasaron los tres bajo las aspas del helicóptero, que seguían girando. Al alzar la cabeza, vio a uno de los dos médicos que la contemplaba irónicamente. Subió al helicóptero y vio al otro médico, no menos guasón en su actitud.

—¿Cómo ha ido eso? —preguntó Lennington.

—Me parece que sólo nos siguió un coche —dijo uno de los médicos—. Pero, aunque hubiese habido más, era lo mismo. Se quedaron allí, sin perder de vista el coche, y nosotros nos fuimos hacia el otro coche, llegamos al otro aeropuerto, y aquí estamos con

el helicóptero. Apuesto a que los de la CIA todavía están esperando que ustedes y la mulata salgan del coche.

—Buen trabajo —dijo Lennington—. Bien, vámonos de aquí.

El helicóptero se elevó y Caroline fue viendo primero la tierra de aquel lugar cercano a una carretera. Luego, hacia el Sur, vio las luces de Miami y Miami Beach. Luego, el mar… A cada movimiento que hacía, la cabeza parecía a punto de estallarle. Se había tocado la parte posterior, localizando el hinchado hematoma, y la sangre, que se había secado formando una costra con sus cabellos.

—¿Tienen mi maletín? —murmuró.

—Desde luego.

—Tengo aspirinas en él. Quisiera…

—Más tarde —cortó el palestino—. Ahora piense solamente en una cosa: si hace cualquier movimiento sospechoso, la mataremos. Piénselo bien.

Delante iban los dos médicos. Detrás, ella y Lennington y el otro; ella en medio, y los dos le apuntaban con la pistola. Cerró los ojos y concentró su voluntad en evadirse de aquella situación. Evadirse mentalmente, pues de otro modo no le parecía posible, por el momento. Poco a poco, lo consiguió: su mente quedó en blanco, la preocupación y el dolor desaparecieron, su cuerpo se relajó… Cuando abrió los ojos, mucho rato después, la cabeza había dejado de dolerle. Es decir, le dolía el golpe, pero eso era todo. Facilísimo de soportar.

Alrededor de ellos y debajo, ya sólo había mar.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó.

—Desde luego, no hacia Nassau —rió Lennington—. Así que la CIA esperará en vano. ¿O no trabaja usted para la CIA?

—Sí —admitió ella—. ¿Desde cuándo lo saben… o lo han sospechado?

—Desde el primer momento, porque Kimberley jamás podría haber cometido la estupidez que usted nos relató… ¡Enviar a una negra con todo ese recado…! ¡Bah! Así que comprendimos que las cosas estaban mal, y decidimos aprovechamos de usted. Nuestra paciencia y nuestra trampa tuvo éxito. ¿No se dio cuenta de que el teléfono del dormitorio al que la llevé estaba colocado de modo que la comunicación con los demás de la casa no estaba cortada?

—¿Oyeron todo lo que hablé con los de la CIA? —casi gimió

Caroline.

—Naturalmente, y por tanto pudimos prepararlo todo bien. Pero hay algo que nos tiene asombrados: ¿qué clase de autoridad tiene usted, una negra, para poder dar tantas instrucciones a los de la CIA?

—Soy jefe de un grupo del Caribe.

—Ah… Vaya, qué emocionante… Y respecto a Kimberley…, ¿cuál es la verdad?

—Está muerto. Y también están muertos Eneas y Abbe.

—Bueno, esos dos estaban condenados, de todos modos. ¿Los mató Kimberley, supongo?

—Sí.

—Y a Kimberley, ¿quién lo mató?

—Uno de mis compañeros.

—Pues me gustaría ponerle la mano encima a ese compañero suyo, porque Kimberley era un elemento muy valioso. Bien, supongo que la CIA está al corriente de todo ahora… Quiero decir, que saben dónde está el dinero, puesto que usted tenía el mapa.

—Sí, lo saben.

—¿Lo han retirado del fondo del mar?

—No.

—¿Por qué no?

—Están vigilando, esperando que alguien se acerque a recogerlo. Se lo digo porque supongo que eso ya se le habrá ocurrido a usted solo.

—Desde luego. ¿Qué clase de vigilancia han colocado?

—Hombres en tierra y algunas lanchas ocupadas por personas de apariencia inofensiva.

—¿Sólo eso? —se sorprendió Lennington.

Caroline le miró asombrada, a su vez.

—¿Qué más cree que se puede hacer? —se interesó.

Lennington y el otro cambiaron una mirada por delante de ella, y ninguno de los dos contestó. Se limitaron a sonreír suavemente… Caroline encogió los hombros y volvió a mirar hacia el mar, reluciente de estrellas bajo ellos. Todavía se veía el resplandor de las luces de Miami Beach, pero estaban ya muy mar adentro. Y si no iban a Nassau, ¿adónde pensaban llegar, en un simple helicóptero?

—¿Y usted, señor Lennington? —preguntó, de pronto—. ¿Qué

papel tiene en todo esto? Porque usted es norteamericano, ¿verdad?

—En efecto. Pero comprenderá usted que a mí no me importa lo que les ocurra a otros norteamericanos si por mi colaboración voy a percibir diez millones de dólares.

—¿Y en qué puede colaborar en un sabotaje como el que tienen pensado un hombre como usted?

—Oh, bueno, parece que usted ignora que soy… Mejor dicho, fui comandante del Ejército, lo cual me capacita para poner en marcha ciertos planes, reclutar hombres, dirigirlos…

—¿Eso quiere decir que el personal que está preparado para los sabotajes es todo norteamericano?

—En efecto.

—Dios mío… ¡No es posible! Pero ¿por qué lo hacen? ¿Qué quieren? Lo que van a hacer…

—Lo que vamos a hacer —intervino el palestino— es dar una buena lección a los americanos. Y el hecho de que ustedes se hayan pasado de listos al jugar sucio con la entrega del dinero, sólo ha hecho que empeorar las cosas. Lo van a lamentar.

—Si ustedes… si ustedes hacen esos sabotajes, no podrán contar con la presión USA en las conversaciones de Ginebra en favor de una Palestina libre —aseguró Caroline—. ¡Si cometen esa barbaridad, estarán más lejos que nunca de conseguir lo que pretenden! Y en cuanto a usted, Lennington, la CIA lo encontrará, por mucho que se esconda. Ahora ya le conocen.

—Bueno —sonrió Lennington—. Seguramente, en muy pocas horas tendrán una ficha completa sobre mí. Sabrán que fui comandante del Ejército, que luego me retiré y gané mucho dinero… y que últimamente me estaba arruinando, así que me dediqué a pequeños trabajos… delicados, por cuenta de otros. Lo malo de vivir bien es que uno se acostumbra muy pronto, y luego no es fácil volver atrás, a la vida modesta. Nisei Tarfat —señaló al palestino— me buscó, dijo que sabía muy bien con quién estaba hablando y me hizo una oferta que me convenció: diez millones de dólares. Eso es lo único que me interesa. En cuanto a eso de que la CIA me encontrará, ya lo veremos. Con diez millones de dólares, un hombre puede arreglar las cosas muy bien para sus conveniencias, ¿no le parece?

—Falta que le paguen esos diez millones.

—¿Por qué no? Han ganado cien, bien pueden pagarme diez a mí, ¿no?

—¿Los han ganado? ¡Vamos, Lennington! ¡Ese dinero está en el fondo del mar, vigilado por…!

—Ya nos lo ha dicho —rió Lennington—. Y yo le aseguro que lo vamos a poder recuperar con toda facilidad. Vamos, vamos… ¿De verdad no comprende que lo teníamos previsto todo? Incluso esa vigilancia que usted ha mencionado. Se lo diré bien claro: vamos a pasar ante las narices de todos los agentes de la CIA que haya en la isla de Andros, recogeremos los dos fardos y nos iremos.

—¿Cómo esperan conseguir eso?

—Está hablando demasiado, Lennington —dijo Nisei Tarfat.

—¿Qué más da? Ella no va a poder transmitírselo a nadie…

—El pesquero —dijo, de pronto, el piloto.

Capítulo VIII

El helicóptero se posó sobre la cubierta de popa del pesquero, sin que éste detuviera su marcha hacia el Sur. Las aspas dejaron de girar. Un negro gigantesco, de gran cabezota con los cabellos muy rizados, apareció acercándose al aparato.

—Ahí está Moses —dijo Lennington—. Ya ve como todo va saliendo bien, Tarfat.

—Mejor saldría si la CIA no le hubiese localizado, ¿no le parece? —gruñó el palestino.

—Desde luego, pues ahora no podré volver a mi quinta, ni a Estados Unidos, así que más pierdo yo que usted. Por otra parte, yo no tengo la culpa de lo que haya hecho la CIA, y le recuerdo que tenía previsto que colocasen un emisor en el hidroavión o en los fardos con el dinero. Por eso decidí que todo fuese a parar al fondo del mar, para que los aparatos se estropeasen.

—Está bien. Ahora vamos a ver si la radio del pesquero funciona como nos conviene.

—Se convencerá pronto de ello. Vamos allá.

Saltaron a la cubierta del pesquero, y Lennington le tendió la mano al enorme negro, sonriendo.

—Hola, Moses. ¿Todo va bien?

—Todo bien, señor. —El negro mostró su blanquísima dentadura—. Ya sabe que estamos preparados desde que usted…

Moses calló de pronto, y su mirada quedó fija en Caroline, que acababa de saltar del helicóptero. Sus ojos se abrieron tanto que Lennington sonrió divertido.

—¿Te gusta? —preguntó.

—¡Ya lo creo, señor Lennington!

—Pues te la regalo. Se llama Caroline, y por lo que parece, no dudo que sabrá… agradarte mucho. Que te aproveche. Pero antes que nada, mi amigo quiere utilizar la radio. ¿Está lista?

—Sí, señor —murmuró Moses, sin poder apartar la mirada de la mulatita—. Sí, sí, está todo preparado… Todo.

—Pues acompáñanos allá. ¡Y no la mires más! —rió—. Luego podrás hacer con ella lo que quieras. Pero ten cuidado: es una agente de la CIA, ¿comprendes?

—¿De verdad? —se pasmó Moses.

—De verdad. Vamos abajo… Lo primero que hay que hacer es encerrarla a ella para que no nos moleste. Camine, Caroline.

Ésta dejó de mirar alrededor y se dirigió hacia la portilla que conducía al interior del pesquero. Lo que había visto hasta entonces era tan vulgar que no parecía probable que nadie prestase la menor atención a aquel pesquero. Además de Moses, había cuatro hombres más en la cubierta, silenciosos. Dos de ellos eran blancos. Y debía haber otro hombre en la cabina de mandos, naturalmente. Es decir, que salvo que abajo aún hubiese más hombres, el total era de diez…

Abajo no había más hombres. Lo que sí había, como en todo el barco, era un intenso olor a pescado, y una abundante cantidad de mugre por todas partes.

—Tú, ven conmigo —la tomó Moses de un brazo.

La llevó hacia su camarote, pequeño y sucio, y la metió dentro de un empujón, pero no por brutalidad, sino simplemente porque tenía una fuerza monstruosa que parecía no saber controlar muy bien.

—No te muevas de aquí —le sonrió—, y luego lo vamos a pasar estupendamente. Te traeré comida y bebida, ¿de acuerdo?

—Gracias —sonrió ella.

Moses la miró de arriba abajo con ojos llameantes, salió del camarote, y cerró con llave, que rechinó estruendosamente. Con seguridad, hacía años que la llave no había sido utilizada. Pero, sin duda alguna, la cerradura funcionaba a la perfección. Al menos, la puerta no se movió cuando Caroline intentó abrirla. Luego, miró hacia la pequeña ventana circular del camarote, muy cerca del techo, al nivel de la cubierta. Y no: no era lo bastante grande para que pudiese salir por ella. Y aunque saliese, ¿adónde iría? Estaban en alta mar, tan lejos de la costa que jamás conseguiría llegar a ella a nado. Eso sin contar con que en cuanto se diesen cuenta de que había saltado al agua, la alcanzarían y podrían acribillarla cómodamente. No… La solución no estaba por ese lado.

Suponiendo, claro, que existiese alguna solución para aquel apuro…

«Siempre he encontrado alguna solución —pensó la mulatita—. ¿Por qué no esta vez?».

Pero las soluciones, como la suerte, se agotan tarde o temprano, y tras más de veinte minutos de registrar el camarote, y de pensar y pensar, Caroline no había solucionado nada. Había encontrado cigarrillos y cerillas, así que encendió uno y se sentó en la litera, a reflexionar.

«Tengo cerillas —se dijo—. ¿Y si prendiese fuego al pesquero? Puedo empezar por esas viejas revistas pornográficas que tiene el tal Moses, y pronto prendería la madera… No. Tampoco. Apagarían pronto el fuego y me matarían sin más dilación. Eso si no estaba ya muerta, quemada o asfixiada aquí dentro…».

Por encima de los motores del pesquero comenzó a oírse, de pronto, el otro motor, y Caroline alzó vivamente la cabeza… ¡El helicóptero! ¡Se iba el helicóptero! Corrió hacia el ventanuco, y miró hacia arriba, como pudo, torciendo el cuello… No llegó a ver el helicóptero. Pero lo estuvo oyendo perfectamente, primero muy cerca, como si estuviese sobre su propia cabeza, y luego cada vez más débilmente. Bien, ¿quién se iba? Seguramente, Lennington y el tal Nisei Tarfat, y quizá los dos médicos.

Volvió a sentarse y se pasó la mano por la frente. No se le ocurría nada, nada, nada… Sólo una cosa: por culpa de ella, por haber decidido no detener a Lennington en cuanto llegó a Miami procedente de Nassau, por haber querido llegar más y más lejos, hasta el organizador de todo aquello, se había perdido todo. Exclusivamente por culpa de ella. Y ahora, cuando sabía que los organizadores eran Nisei Tarfat con dinero, armas, y Lennington con su conocimiento del país, reclutando hombres, estudiando tácticas…, ahora no podía hacer nada.

«Santo Dios, lo van a hacer… ¡Van a sabotear veinticinco aeropuertos, van a matar a cientos de personas…!».

La cerradura chirrió, la puerta se abrió y apareció Moses, muy sonriente, sosteniendo una bandeja en una mano. Una mano tan grande que la bandeja parecía un simple naipe, colocada en ella.

—Caroline, Caroline —rió—. ¿Cómo está mi Caroline? ¿Tienes apetito?

La actitud de Caroline fue de lo más hipócrita del mundo.

—No lo sé —murmuró—. ¡Estoy tan asustada!

—¿Asustada? —Moses cerró la puerta de un puntapié—. ¿De qué estás asustada?

—Vas a matarme —se retiró ella hacia un rincón del mugriento camarote—. ¡Sé que vienes a matarme!

Moses se quedó mirándola en verdad estupefacto.

—¡Qué tontería! —movió la cabeza—. ¡Claro que no quiero matarte! Eres un hermoso regalo, y no quiero matarte. No, no, no… Quiero que estés viva, conmigo… Come… Come, no seas tonta.

—¿No me matarás?

Moses se rascó la nuca y se quedó mirándola como quien contempla un bichito la mar de curioso.

—Nadie me ha dicho que te mate. ¿Por qué habría de hacerlo, entonces? Además, me gustas. Quiero que comas, que estés bien y contenta. Si tú estás contenta, yo estaré contento, lo pasaré mejor —señaló la bandeja que había dejado sobre una silla—. Come, y los dos estaremos muy bien, Caroline. ¿Eres una espía?

—No… No, no, no…

—El señor Lennington ha dicho que sí lo eres. De la CIA. Y el señor Lennington no tiene por qué engañarme. Pero a mí no me importa eso. Yo tengo otras cosas en qué pensar.

—¿Qué cosas?

—Si te desnudas, te lo diré —rió Moses—. Ya ves que soy bueno contigo, Caroline.

—¿Quieres que me desnude?

—Me gustaría mucho.

—¿Y luego?

Moses pareció perplejo ante la perspectiva.

—No digas tonterías —zanjó la cuestión—. Come y después estaremos juntos toda la noche, mientras el barco navega.

—¿Hacia dónde?

—Come.

—¿No me matarás?

—No, no. Pero me gustaría mucho que te desnudases, eso sí… De verdad.

—Primero voy a comer. Me parece que debo confiar en ti. Ahora eres quien manda en el barco, ¿no?

—No. Está el señor Lennington. Él es quien manda.

—¿No se ha ido en el helicóptero?

—No. Se ha ido el otro, el pequeño, y los dos hombres que vinieron con vosotros. El señor Lennington es quien manda, pero me ha dicho que eres un regalo para mí.

—¿Han hablado por la radio?

—Sí, sí.

—¿Con quién? ¿Qué han dicho?

—Come —sonrió Moses—. Yo voy a buscar ahora algo bueno para beber. Cuando vuelva, ya tienes que haber comido, y entonces estaremos bien los dos.

—Espera… Quiero que me veas bien… Moses, quiero que me veas bien, porque sé que así no me matarás. Mírame bien…

Moses miraba muy bien, desde luego. Ella se estaba quitando la ropa, y cuando terminó, no había nadie en el mundo que mirase tanto y tan bien como Moses. Se acercó a ella, y la abrazó por la cintura, esbelta y fina, como el tallo de una flor. Su gran bocaza cayó sobre la de Caroline, que se puso de puntillas y se abrazó a su cuello, correspondiendo al beso. Pero se apartó en seguida, y susurró:

—Si no me matas, te daré muchas horas de felicidad… Muchas horas y muchos días y muchas noches… Quiero ser para ti como una flor perfumada… ¿Hueles mi perfume de flor, Moses?

—No —jadeó él—. No huelo nada…

—Huele aquí, en mi garganta… Huele bien… ¿No lo notas?

Moses pareció una enorme bestia olfateando su pitanza, con la nariz pegada a la garganta de Caroline.

—No —farfulló—. No huelo nada… Nada…

—Tengo… tengo un perfume especial… Especial para ti. Me lo voy a poner para gustarte más que… ¡Oh, no lo tengo! Moses, no tengo el perfume… Pero me gustaría tanto ponérmelo para ti… Está en mi maletín, debes haberlo visto. Es un maletín rojo, que llevaba el señor Lennington.

—¿Tienes el perfume en el maletín?

—Sí.

—¿Quieres que te traiga el maletín?

—Si me lo traes, me pondré el perfume… sólo para ti. Moses —lo besó—, quiero que estés feliz conmigo, que me huelas muy bien y que sepas todo lo que puedo ofrecerte…, si estoy viva. Si me traes

el maletín, serás el hombre más feliz del mundo…

—Sí —jadeó él—. Sí, sí, sí, voy a traértelo… ¡Te lo traigo en seguida, ahora mismo! No quieras escapar, ¿me oyes? Si quisieras hacer eso, te matarían los otros, Caroline.

—No —sonrió ella—. No querré escapar, Moses.

—¡Vuelvo en seguida!

Moses salió precipitadamente del camarote, y Caroline se quedó mirando la puerta fijamente. Bien… Lennington se había quedado en el pesquero y comprendió por qué: él era el encargado de recuperar los cien millones de dólares del fondo del mar, cerca de la costa de la isla de Andros. En cuanto a Nisei Tarfat, ¿adónde podía haber ido, después de hablar por la radio? El lugar, ciertamente, era lo de menos porque fuese cual fuere aquel lugar, sus propósitos no podían estar más claros: iba a preparar el golpe final, el sabotaje a los veinticinco aeropuertos…

La puerta se abrió de nuevo y apareció Moses, portando el maletín rojo con florecillas azules. Entró a toda prisa, cerró la puerta y miró con ojos llameantes a la hermosísima mulata.

—¡Aquí está! —exclamó—. ¡Ponte el perfume!

Caroline se adelantó y tomó el maletín. Sonrió temblorosamente al gigante negro y fue a sentarse en la litera. Abrió el maletín y su mano fue hacia el fondo, en busca de la pistolita de cachas de madreperla. Sus dedos se movieron bajo todo el montón de cosas que siempre llevaba en el maletín, pero no tocaron la pistola… Miró a Moses y lo vio de pie muy cerca de ella, sonriendo estúpidamente. Era un pobre idiota que…

—¡Ji, ji! —rió Moses, de pronto—. ¡Ji, ji, ji! ¿Qué estás buscando? ¿Tu pistola? ¡Mírala! —la sacó del bolsillo y se la mostró en la palma de la mano; parecía tan diminuta como un estuche de cerillas—. ¡Mírala, aquí está tu pistola!

—No… No buscaba eso, no, Moses… Sólo quería oler muy bien para ti…

La expresión de Moses cambió bruscamente. Sus cejas se juntaron, su rostro se mostró feroz, hosco, agresivo.

—Oye —dijo rabiosamente—, ¿por quién me has tomado? ¿Por un imbécil?

—No, Moses… Yo sólo quería…

—¡Me has tomado por un imbécil! —rugió él—. ¡Por un negro

idiota al que podrías manejar a tu antojo! ¡Maldita seas, puerca mestiza, ni siquiera tienes la inteligencia de la raza negra! ¡Puerca! ¿Querías matarme a mí? ¿A mí? Te haces la asustadiza, me miras con esos ojos tan grandes, te desnudas… ¿Con quién crees que estás tratando, te pregunto?

—Moses, no me hagas daño… ¡No me hagas daño!

—Te voy a golpear hasta cansarme —barbotó él—. Has estado ofendiendo mi inteligencia desde el primer momento, como si yo fuese un… un retrasado mental… ¡Te voy a hacer papilla, y luego te tendré a mi placer, como yo quiera hacerlo! ¡Y te rociaré con tu maldito perfume antes de…!

Se había guardado la pistola en un bolsillo y se acercó a ella, con los brazos extendidos como unas enormes tenazas. Si la atrapaba con ellos, todos los huesos de Caroline crujirían, se convertirían en polvo, quedarían triturados.

Caroline se había puesto en pie, y lo miraba mientras él se acercaba, como una sentencia de muerte. Moses abrió la boca en un gesto de furia, de avidez…

¡Crash!, sonó el trallazo de la mano derecha de Caroline en su boca. Fue un golpe escalofriante, que habría matado a un hombre normal, que le habría roto los dientes, la mandíbula, la base del cuello… Un tremendo *shuto* lateral, como un hachazo capaz de romper una tabla de diez centímetros de espesor. Un *atemi* de judo capaz de echar abajo una pared.

Y todo lo que hizo Moses fue quedarse quieto, igual que si se hubiese detenido por propia voluntad al ver precisamente una pared ante él. Caroline se quedó mirándolo con ojos desorbitados, alzó de nuevo la mano y lanzó otro escalofriante *atemi*, ahora un *ura tsuki*, directo y preciso al plexo solar de Moses, que ni siquiera parpadeó, mientras los nudillos, toda la mano derecha de la mulatita quedaba como si acabase de ser aplastada por un gigantesco rodillo de hierro.

Aterrada, con la mano derecha prácticamente inutilizada, se quedó mirando a Moses, que tenía la barbilla llena de la sangre que brotaba de su boca debido al primer golpe.

—Moses, no… No, no, no, espera…

La mano derecha de él la asió por los cabellos, y le torció el cuello con gesto brutal, terrible.

—Sigue pegándome, espía —barbotó—. ¡Sigue pegándome, me gusta, cuanto más me pegues mejor lo vamos a pasar! ¡Sigue pegándome, sigue…!

Acercó su ensangrentada boca a la de ella y la volvió a besar, con una furia inaudita, mordiéndola. Caroline emitió un gemido, intentó soltarse y casi se rompió el cuello debido a la presa de Moses en sus cabellos, inmovilizándola. Aturdida, desesperada, se dio cuenta, de pronto, de que su mano derecha estaba precisamente sobre el cepillo para el cabello. Los dedos se crisparon en el mango, apretaron y el estilete apareció.

El primer golpe sólo sirvió para dejar a Moses paralizado, y lanzó el segundo. El negro se estremeció y ella se soltó de la presa, se separó cuanto pudo, vio ante ella aquel enorme pecho, y lanzó otro golpe más, a la altura del corazón.

Moses quedó ante ella, inmóvil, con los ojos desorbitados, desencajado el rostro. Luego, comenzó a caer hacia delante y Caroline se apartó, de modo que la negra mole cayó sobre la litera.

De pie junto al cadáver del negro, la mulatita estuvo unos segundos jadeando, desorbitados los ojos, calmándose lentamente. Por fin, miró hacia el negro y suspiró. Lo apartó de encima del maletín y colocó a éste a los pies de la litera.

Ahora, sí. Ahora tenía la oportunidad.

Lo primero que hizo fue sacar las ampollas de gas del estuche de aluminio de doble fondo, dejándolas cuidadosamente en el suelo; luego se vistió, cerró el maletín, miró alrededor… Volvió a mirar a Moses, recordando que él tenía su pistolita. Se la quitó, y tras pasarse el asa del maletín por la muñeca izquierda, empuñó la pistolita con esta mano, tomando las ampollas de gas con la derecha.

La cerradura volvió a chirriar, pero al parecer nadie hacía caso de esto, o no había nadie lo bastante cerca para oírlo. Tenía que encontrar a Lennington cuanto antes… Y la radio. ¡Tenía que encontrar la radio!

Abrió la primera puerta que encontró en el angosto pasillo y lanzó un fuerte respingo al ver a tres de los hombres del pesquero en el dormitorio común. Dos de ellos estaban sentados en una litera, y el otro estaba tendido en la de arriba. Los tres miraron hacia la puerta, y su gesto de pasmo fue digno de verse.

No tuvieron tiempo ni de acabar de asombrarse: una de las cápsulas de gas, lanzada rápidamente por Caroline, dio en el pecho de uno de los que estaban sentados, mientras Caroline salía y cerraba la puerta. Aguardó quince segundos, volvió a abrir y contempló a los tres hombres dormidos… Tres… Todavía quedaban dos.

Estaba caminando hacia la escalerilla que llevaba a cubierta cuando oyó una voz tras otra puerta. No vaciló ni un segundo. La abrió y de un solo vistazo lo vio todo: la radio, Lennington ante ella, y de pie junto a él, otro hombre, que lanzó una exclamación y llevó la mano al bolsillo.

«Plof», sonó la pistolita de cachas de madreperla.

Un diminuto agujero apareció en un pómulo del hombre, que cayó hacia atrás, rígido, con la mano todavía en el bolsillo. Tobiah Lennington estaba moviendo su mano derecha hacia el interior de la chaqueta, pero se detuvo, y se quedó mirando fijamente la pequeña pistolita, que ahora apuntaba a su cabeza. De allí, miró los ojos de la mulata y se estremeció.

—No se detenga —susurró ella—. Saque su pistola, pero sólo con dos dedos, y muy despacio, colgando con la punta hacia abajo. Luego, colóquela en el suelo y empújela hacia mí con un pie. Y para evitarle más sorpresas, le diré una cosa, Lennington: ¿ha oído hablar de la agente Baby, de la CIA?

Tobiah Lennington palideció aún más intensamente. Luego, sacó la pistola, la dejó en el suelo y la empujó con un pie.

—Veo que ha comprendido —asintió la mulatita—. En efecto, soy yo. Quizá ahora le parezca aún más lógico que me permitiese la libertad de dar órdenes a la CIA. Y ya aclarado este punto, espero que comprenda que no bromeo si le digo que pienso cortarles las manos y arrancarle los ojos… si no contesta a mis preguntas.

Lennington tragó saliva y asintió con la cabeza.

—¿Qué quiere saber? —preguntó, con voz ronca.

—Quiero saber los nombres de esos veinticinco aeropuertos. Y quiero saberlos ahora. Escríbalos en cualquier papel. ¿En qué momento se llevará a cabo ese ataque?

—Pasado mañana al amanecer. Pero no…

—¿Pasado mañana? ¿Por qué van a esperar tanto tiempo?

—Los hombres con los proyectiles estaban todos cerca de Miami,

y después de que Tarfat los ha llamado hay que esperar a que lleguen todos a Washington.

—¿Todos a Washington? ¿Qué significa eso?

—Es lo que iba a decirle… No van a atacar veinticinco aeropuertos, en vista de que las cosas se han complicado… Nisei Tarfat ha decidido concentrar a todos los hombres en un solo objetivo.

—¿Washington? —palideció visiblemente la mulatita.

—Sí, sí…

—¿Piensan disparar veinticinco proyectiles… contra la ciudad de Washington?

—Sí.

—Dios… ¿De dónde han sacado esos proyectiles?

—Nisei Tarfat los trajo, no sé de dónde ni cómo. Él ha puesto el dinero y los proyectiles, y yo he reclutado a los hombres y tracé todos los planes que…

—¡Ya me dijeron eso! Por Dios…, Lennington, ¿usted se da cuenta realmente de lo que está haciendo? ¿Realmente?

—Sí. Es decir, creía que me daba cuenta… Precisamente cuando usted ha llegado, estaba reflexionando, cambiando impresiones en ese sentido con el hombre que ha matado. Y me disponía a ayudarla a usted.

—¿De veras? Pues yo diría que quería usted sacar su pistola para disparar contra mí.

—Fue… fue debido al sobresalto. Pero se lo juro: estaba dispuesto a ayudarla.

—¿Por qué?

—Porque tiene razón, esto es horrible. —Lennington se llevó las manos al rostro y se estremeció—. No sé cómo he podido prestarme a ello, no lo sé… Esa gente, Tarfat y los suyos, están llenos de rencor hacia todo el mundo.

Caroline miraba especulativamente a Lennington.

—Todavía está a tiempo de rectificar, Lennington… Si me ayuda, podremos impedir que esos hombres lancen los proyectiles… ¿Cómo lo harán?

—Uno de ellos lleva una radio con un alcance de más de cien millas, en el coche. Ése será el que recibirá la orden de fuego, y por medio de comunicadores de bolsillo, pasará la orden a los otros

veinticuatro hombres.

—¿Y quién le dará la orden a ese hombre? ¿Tarfat?

—Sí, claro.

—¿Y dónde ha ido ahora Tarfat?

—A un yate. Viajará en él hasta cerca de Washington. Irá costeando y desde allí enviará la orden por radio al jefe del grupo.

—¿Cómo se llama ese yate?

—Es canadiense y Tarfat seguirá el viaje con él hasta Canadá. De allí tomará el avión para reunirse conmigo en Caracas y hacer las partes del dinero… El nombre del yate es *Iceberg*.

—Muy bien. Dígame, Lennington: ¿en verdad cree que hubiese podido recoger el dinero?

—Sí. Este pesquero ha sido preparado hace tiempo para eso. En la quilla hay una salida por la que enviaríamos al fondo a los hombres de este barco, especialistas en bucear. Ellos saldrían antes del amanecer, desde el poblado llamado Mástic Point, de modo que no podrían ser vistos por nadie. Poco después, el pesquero zarparía en aquella dirección, pasando algo lejos de donde está el dinero, pero para entonces, los hombres-rana ya lo habrían trasladado y estarían esperando el paso del pesquero, para volver a él por la compuerta de la quilla.

—Entiendo… ¿Cuánto tiempo llevan preparando esto?

—Más de medio año. Escuche… Se lo juro, yo cada vez estaba más asustado, pero no me atrevía a decírselo a Tarfat. Usted no conoce bien a Tarfat y a los otros.

—¿Qué otros?

—Los que están en el yate. Son de su grupo de terroristas; están dispuestos a todo, quieren dedicarse al terrorismo en todo el mundo, hasta que consigan lo que quieren. Y para que todos comprendan que no bromean, eligieron en primer lugar Estados Unidos, el enemigo más fuerte. No, no, no, Dios mío —gimió—. ¡No hubiese seguido con esto de ninguna manera, se lo juro!

—Está bien, Lennington, cálmese. Haré una llamada por la radio y ya verá como todo se soluciona. —Caroline se acercó, colocó el maletín sobre el tablero de la radio y guardó cuidadosamente las ampollas de gas—. Se me está ocurriendo algo que podría dar resultado, de verdad está usted dispuesto a ayudarme.

—Ya le he dicho que sí… ¡Haré lo que quiera!

—Veamos… Dice usted que uno de esos veinticinco hombres es el jefe del grupo, y que en su coche tiene una radio de largo alcance. Es decir, que quizá todavía pueda comunicar con él.

—Quizá… No sé… Podría intentarlo, pero ¿para qué?

—Lo va a llamar… El helicóptero en el que viaja ese Tarfat ya debe estar muy lejos, posiblemente su radio no alcance a captar el mensaje de usted. Pero sí ese jefe de grupo… Llámelo y dígale que pase la orden de que todos deben regresar a Miami… ¿Estaban reunidos en algún sitio?

—Sí, sí… En una granja, cerca de Florida City.

—Es decir, que desde que Tarfat les llamó, ¿han tenido que cruzar Miami para viajar hacia el Norte con los proyectiles?

—Sí, claro… Claro.

—Estupendo. Eso los sitúa todavía muy cerca de Miami. Es muy posible que ni siquiera hayan llegado todavía a la altura de West Palm Beach… En cambio, Tarfat, en helicóptero, debe estar mucho más arriba… Magnífico. Llame a ese hombre, Lennington, y dígale que la acción ha sido aplazada, que regresen todos a la granja, y esperen allí nuevas instrucciones de usted. ¿Le obedecerán o sólo obedecen a Tarfat?

—No, no; a mí. Soy yo quien los ha reclutado, quien o ha organizado todo, quien les ha dado instrucciones…

—Pues llámelo. ¿O quizá no podrá oír la llamada si va conduciendo?

—Sí la oirá… Ya le digo que… que todo estaba previsto. Le diré ahora que…

—Espere. No me gustaría que ese hombre decidiese seguir adelante, quizá obedeciendo consignas de Tarfat que usted no conoce. Por si acaso, dígame qué coche lleva y el número de la matrícula… ¿Lo sabe?

—No recuerdo la matrícula… La verdad, teniendo en cuenta que hemos estado comprando en estos seis meses veinticinco coches, pues… Pero sé qué coche lleva Hammers: un «Dodge» de color granate. Aunque no comprendo qué importancia tiene esto.

—Si ese hombre no le obedece, yo llamaré a mis compañeros por esta misma radio, y ordenaré que ese coche sea detenido. Muy bien, Lennington, llame ya.

—Sí, sí…

Tobiah Lennington cumplió su cometido muy a satisfacción de la agente Baby, sin dificultad alguna. El tal Hammers pareció sorprendido, pero no puso la menor objeción, y realmente las explicaciones de Lennington fueron muy convincentes.

Cuando cortó la comunicación, Lennington volvió la cabeza para mirar a Caroline, que había permanecido tras él, apuntándole con la pistola.

—Ya… ya ha visto que…

—Sí, Lennington. Gracias. Y le aseguro que le apoyaré con todas mis fuerzas cuando le juzguen… Y no las subestime: puedo incluso conseguirle un indulto personal del presidente.

—Gracias, gracias… ¡Le juro que…!

—Está bien, no me gustan las expresiones exageradas de agradecimiento, Lennington. Déjeme a mí ahora la radio. Buscaré la onda que me interesa, y acabaremos de arreglar esto.

Tobiah Lennington se levantó de la silla y Caroline la ocupó. Dejó la pistolita sobre el tablero y comenzó a mover el dial, en busca de la onda que la comunicaría con…

Lennington adelantó su mano derecha, lanzando una exclamación de alegría al apoderarse de la pistola. Retrocedió un par de pasos, gritando:

—¡No toque esa radio!

Caroline le miró fijamente, y sus labios se plegaron en un gesto hosco.

—¿Qué hace ahora, Lennington?

—¡Usted es una pobre idiota! —rió nerviosamente Lennington—. ¿Cómo ha podido creerme?

—¿Me ha mentido? —susurró ella.

—¡Claro que le he mentido! Pero no en lo que he hecho, sino en cuanto a mis intenciones. He dado realmente a Hammers la orden de que regresasen todos, porque no estaba seguro de poder engañarla, y por si usted conseguía ganar, tenía que convencerla de que no la había engañado… Pero ahora, simplemente, la mataré, llamaré a Hammers y le diré que todo debe seguir, que el momento de peligro ya ha pasado para mí…

—Es usted muy listo.

—Por lo menos, más que usted. ¡Tanta fama y la he engañado dos veces en menos de veinticuatro horas! ¿Realmente es usted la

agente Baby?

—Sí —asintió Caroline, poniéndose en pie—. Lo soy. Y no me ha engañado usted dos veces, Lennington, sino una. Yo le he engañado otra, así que estamos en paz. Empatados.

—Está loca —rió él—. ¡Tengo el gusto de matar a la agente…!

«Clic», sonó metálicamente la pistolita de Caroline. «Clic, clic, clic…».

Lennington miró el arma, atónito. Luego, miró a la mulata, que se acercaba a él, mostrando en la palma de la mano derecha el pequeño cargador de la pistolita de cachas de madreperla. Tobiah Lennington parpadeó, se mordió los labios… Caroline seguía caminando hacia él, con una expresión tal que Lennington alzó la pistolita por encima de su cabeza.

—¡La voy a…!

La mano izquierda de Caroline describió un arco velocísimo, y el canto dio en la sien derecha de Tobiah Lennington, que emitió un ronquido extraño y salió volando hacia atrás, muerto en el acto.

Es decir que en su choque con la agente Baby no había ganado… Ni siquiera había empatado.

Capítulo IX

Debían ser las once de la mañana cuando uno de los tripulantes del yate *Iceberg* apareció en el saloncito, donde Nisei Tarfat departía con tres hombres más. Los cuatro parecían muy satisfechos, así que Tarfat miró sonriente al tripulante.

—¿Qué pasa?

—Una llamada para usted por la radio.

—¿Para mí? —frunció el ceño Tarfat—. ¿Quién es? ¿Hammers? ¿Lennington?

—No, señor; no ha dicho su nombre. Es un hombre que dice que le conviene a usted conversar con él.

Nisei Tarfat entornó los ojos, entre desconfiado y preocupado. Miró a sus tres acompañantes, encogió los hombros y se puso en pie.

—Bien —dijo—. Veamos quién es y qué quiere.

—Iremos contigo —dijo uno de los tres.

Se fueron todos al pequeño camarote donde estaba instalada la radio. Nisei Tarfat se sentó ante el aparato, acercó su boca al micrófono, y dijo:

—Soy Tarfat. ¿Quién es usted y qué quiere?

—¿Tarfat? —oyó la voz de hombre—. Un momento, por favor. La agente Baby, de la CIA, quiere hablar con usted.

Los oscuros rostros de aquellos hombres perdieron bruscamente muy buena parte de su color. Tarfat no tuvo tiempo ni siquiera de hacer un comentario o una pregunta… Ni siquiera tuvo tiempo de pensar, porque la voz femenina comenzó a oírse inmediatamente con una nitidez magnífica.

—Buenos días, señor Tarfat. Le está hablando a usted la mulatita tonta llamada Caroline. ¿Me recuerda? ¡Oh, estoy segura de que sí! Bien, en primer lugar, me complace comunicarle que tuvo usted en sus manos a la agente Baby. En segundo lugar, tengo que admitir

que en la quinta de Miami, usted y Lennington fueron más astutos que yo. Más astutos, no más inteligentes. Y en tercer lugar le diré que el señor Lennington murió anoche, debido a un golpe propinado con muy malas intenciones. Pero tengo muchas más noticias para usted, señor Tarfat… Muchas más. Por ejemplo, le diré que anoche me apoderé del pesquero tan ingeniosamente preparado para la recogida del dinero en la costa de Andros. Luego, llamé por la radio a mis compañeros de la CIA, y vinieron a recogerme en un helicóptero. Un par de mis compañeros se quedaron en el pesquero, navegando hacia la costa. Otros dos me llevaron a tierra y allí organicé la… recogida de elementos peligrosos. Le diré cómo ocurrieron las cosas: como sabía que el jefe del grupo, Hammers, viajaba en un «Dodge» Dart de color granate y que se dirigiría hacia una granja cerca de Florida City, mis compañeros y yo nos distribuimos por esa zona, y no tardamos en localizar el coche. Y otros veinticuatro, que fueron llegando. Cuando estuvieron juntos de nuevo esos veinticinco caballeros, les disparamos unas cuantas granadas de gas y luego fuimos a recogerlos como si fuesen cerditos listos para el matadero. Ya están a buen recaudo, y, por supuesto, la CIA requisó los proyectiles y sus tubos lanzadores… Excepto tres proyectiles y uno de esos tubos lanzadores, que me permití requisar para mi uso particular. En estos momentos en que sintonizo su onda, estoy navegando junto al yate *Iceberg*, y como sé muy bien que nadie de ese yate es buena persona, me dispongo a disparar esos tres proyectiles para enviarlos a todos al fondo del mar. Esto es, pues, una sentencia de muerte. Fin del mensaje.

Durante unos segundos, nadie se movió, como si el silencio fuese algo con capacidad para paralizar.

Y de pronto, Nisei Tarfat lanzó una exclamación y se lanzó fuera del camarote, corriendo como un loco hacia cubierta, seguido de los demás.

Era un día claro, luminoso, y el mar y el cielo mostraban su más bello color azul.

Y sobre el azul del mar, todos vieron la veloz lancha roja que parecía ir describiendo círculos alrededor del yate, muy cerca. A los mandos, una mulata de largos cabellos ondulados que se tendían al viento de la marcha, y que, al verlos, alzó un bracito, saludando… Incluso se vio el brillo de sus blancos dientes, al sonreír. Y de

pronto, la lancha perdió velocidad, dejó de oírse su motor, se detuvo, quedó flotando sobre las tranquilas aguas…

—No —jadeó Tarfat—. ¡No, no, no!

Justo entonces, desde la lancha, partió el primer proyectil.

Este es el final

—¿Y murieron todos? —preguntó Frank Minello, con los ojos muy abiertos.

—No lo sé —sonrió encantadoramente la divina espía—. Disparé los tres proyectiles, que hicieron papilla el yate, y me vine para Nueva York… Los Simones que esperaban algo más lejos en dos lanchas debieron recoger a los supervivientes, si es que hubo alguno.

—Santo Dios. —Miky Grogan se pasó el pañuelo por la frente, en la que había unas gotitas de sudor—. ¡Es usted implacable, Brigitte!

—No, señor —discrepó Minello—. Lo único que ha hecho Brigitte ha sido… salvaguardar la armonía. ¿Verdad, Brigitte?

—Pues… más o menos, Frankie, más o menos. Para ser sinceros, la rompí un poco, pero como hablábamos hace unos días, si yo no la hubiese roto un poco, otros la habrían roto mucho más… ¿No querrá el artículo sobre lo sucedido, Miky?

—¡Vaya pregunta! —exclamó Grogan—. ¡Claro que querré ese artículo para el *Morning News*! ¿Cómo se atreve a preguntarlo siquiera? ¡Usted trabaja para el *Morn*…!

—Bueno, bueno, no se ponga nervioso. Se lo escribiré. Pero tengo un gravísimo problema.

—¿Tú? —farfulló por fin Minello—. ¿Tú tienes un problema? ¿Cuál?

—Pues no sé qué título ponerle a esa serie de artículos sobre lo sucedido. Había pensado titularlos «Situación de emergencia», o «Terrorismo», o «La locura del mundo», o…

—¿Por qué no le pones un título en el que aparezca la palabra armonía? —sugirió Minello.

—Oh… ¡Oh, Frankie, eres un sol! ¡Sí, sí, sí!

Frank Minello se esponjó, satisfechísimo.

—¡Zambomba! Con lo que a ti te gusta el sol, eso de que me hayas dicho que soy un sol es todo un mensaje de amor. Podríamos besarnos un buen rato y…

—*Muertes para la armonía* —susurró Brigitte, la divina espía—. ¿Qué os parece?

FIN

Notas

[1] McGee ha aparecido en diversas aventuras de Baby. En cuanto al *Blackcolor*, es un suero de su invención que oscurece el tono de la piel durante más o menos tiempo, según la dosis. < <